

IDEAS Y PERSPECTIVAS

1. L. Schneider
COMO LA SOCIOLOGIA VE EL MUNDO
2. J. Held
LOS NIÑOS Y LA LITERATURA FANTASTICA. Función y poder de lo imaginario
4. Ch. T. Tart (comp.):
PSICOLOGIAS TRANSPERSONALES (Tomo I y II)
7. F. Bergman
EL SIGNIFICADO DE LA LIBERTAD
8. R. Feldman González
EL NUEVO PARADIGMA EN PSICOLOGIA
9. J. Schavelzon
SIGMUND FREUD, UN PACIENTE CON CANCER
10. A. A. Amato
CUANDO FUIMOS GOBIERNO. Conversaciones con Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

También en el fondo Paidós:

R. Frigerio: *Crecimiento económico y democracia*

A. Frondizi: *El movimiento nacional*

R. Frigerio: *Desarrollo y subdesarrollo económicos*

Fundación Desarrollo y Política

Alberto Antonio Amato

CUANDO FUIMOS GOBIERNO

CONVERSACIONES CON
ARTURO FRONDIZI
Y ROGELIO FRIGERIO

Una experiencia exitosa
para enfrentar la crisis de hoy



EDITORIAL PAIDOS
BUENOS AIRES – BARCELONA

www.desarrollismo.org

IMPRESO EN LA ARGENTINA
(PRINTED IN ARGENTINA)

1a. edición, 1983

©Copyright de todas las ediciones en castellano by
EDITORIAL PAIDOS
S.A.I.C.F.
Defensa 599, 1er. piso, Buenos Aires

Queda hecho el depósito que previene la Ley N° 11.723

La reproducción parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

ISBN 950-12-7010-6

INDICE

Prólogo	9
Capítulo I	13
Las dificultades en el '58: subdesarrollo e intolerancia política	13
Las presiones conspirativas: revolución liberadora. Cúpula militar. Radicales	20
Aquel país, este país: la incomprensión de la dirigencia política	25
¿Quiénes están contra el Frente Nacional?	26
Frigerio en Caracas: el pacto con Perón	29
¿Perón contra Frondizi?	35
Aquel país, este país: desarrollismo y Fuerzas Armadas	39
Las primeras provocaciones y la renuncia del vicepresidente Gómez	46
Contratos petroleros: de la importación al autoabastecimiento	51
Aquel país, este país: desarrollismo y petróleo	55
Capítulo II	58
La cuestión del programa de gobierno	58
Aquel país, este país: economía y desarrollo.	
La Argentina en cifras	60
Dirigentes sindicales que confunden el verdadero enemigo	64
Alsogaray ministro: recurso contra el golpismo	66
Frigerio a pesar de la conspiración	68

Capítulo III

La guerra psicológica: cómo presionar a un gobierno	71
Frigerio: cómo ganarle a la guerra psicológica	76
Aquel país, este país: laica o libre. Divorcio y aborto	80
Argentina en el mundo, ayer y hoy	82
Argentina, Cuba y la Alianza para el Progreso	88
Argentina y Brasil: el pacto de Uruguayana	92
Aquel país, este país: desde Uruguayana hasta el Beagle y las Malvinas	95
La visita del “Che” Guevara: el golpe amenaza a un país en marcha	96
Frondizi-Kennedy: el caso de “las cartas cubanas”. Decisión argentina en Punta del Este	100

Capítulo IV

Elecciones de 1962: “No proscribir al peronismo”	107
Un callejón sin salida. El verdadero resultado de las elecciones	110
“No renunciaré, no me suicidaré, no me iré del país. . .”	113
Para qué sirvió el gobierno desarrollista	117
Este país: la Argentina del futuro. Un deseo, un pronóstico, una aspiración personal	120

*A Daniel,
porque voló tan alto.
A Mario Luis, Aníbal y Arturo,
porque sostienen mi vuelo.*

PROLOGO

Que la aparición de un libro dé origen a una nota periodística, es raro. Pero mucho más raro es que una nota periodística se convierta en un libro. Sin embargo, éste es uno de esos casos.

A fines de noviembre de 1982, la dirección de la revista *La Semana* me encargó una nota sobre el derrocamiento de Arturo Frondizi, tarea que me pareció apasionante por varios motivos. En primer lugar, la nota me permitiría adentrarme casi de lleno en la historia contemporánea de mi país, esa historia que nos niegan, que nos ocultan, que nos escamotean y a la que, cada vez con mayor urgencia, necesitamos rescatar de las sombras a las que la han condenado. Era un trabajo que, como dos de mis notas anteriores: "La caída de Illia" y "La historia del sindicalismo en la Argentina", iba a acercarme al pasado inmediato del país y a la comprensión de este presente caótico y del incierto futuro que, seguramente, es algo más que nuestros buenos deseos.

El segundo de los motivos de mi entusiasmo es un tanto más doméstico. Investigar el derrocamiento del doctor Arturo Frondizi significaba también recrear a la Argentina de los años 1958 a 1962, que fueron precisamente los años de mi infancia, de los nueve a los trece. Una infancia que acaso pasó demasiado rápido en una casa con padres peronistas que desobedecieron la orden de Perón de votar por Frondizi; una infancia en un barrio obrero como Mataderos, con sillas en las puertas las noches de verano, radio

y estufa a kerosén en las noches de invierno y con el frigorífico "Lisandro de la Torre" demasiado cerca como para ignorar la realidad por más chico que uno fuese; una infancia con amigos con los que, súbitamente, dejé de jugar al Far West para pasar a jugar a los soldados y a la guerra: tan habituados estábamos a verlos pasar, de Campo de Mayo a Casa de Gobierno, por la mítica avenida Rivadavia de nuestras escapadas.

Un demasiado pequeño pero excelente equipo de colaboradores de la revista, jóvenes, rigurosos, apasionados, me ayudó y mucho en la tarea de entrevistar a más de treinta personalidades políticas y militares, a consultar una numerosa bibliografía, a seleccionar cuidadosamente los testimonios publicados en los diarios de la época. El resultado fue una nota de una extensión poco común: por primera vez en el tantas veces acusado de frívolo periodismo de revistas de actualidad, el derrocamiento de un presidente argentino ocupó cinco ediciones de un semanario.

Confieso haber cometido un error al encarar el trabajo: tuve poca fe. Envié un cuestionario, bastante extenso, al doctor Arturo Frondizi y a Rogelio Frigerio con muchas dudas acerca del eco que esas preguntas iban a tener en ellos y con muchas más dudas acerca de su posible respuesta. Enorme y emocionada sorpresa me llevé al recibir una carpeta donde los dos daban respuestas a todas y cada una de las preguntas formuladas.

Así nació este libro..

Una vez publicada la serie de notas en *La Semana*, el MID quiso que aquel cuestionario contestado en conjunto por el ex presidente y el hoy candidato a la presidencia de la Nación, se publicara a manera de testimonio fiel de lo que fue el gobierno de la UCRI. Agregué entonces nuevas preguntas al cuestionario original, que fueron igualmente

respondidas por Frondizi y Frigerio. En lo que a mí respecta, hubiese preferido el reportaje cara a cara, la posibilidad de la repregunta inmediata, la larga charla, la calidez y el encanto que jamás podrán reemplazar los cuestionarios. Pero la modalidad de trabajo de los entrevistados y los más que agitados meses vividos por los argentinos en 1983, impidieron que la larga charla deseada se concretara. Pero esto de ninguna manera le quita al testimonio validez, ni dramaticidad, ni autenticidad y, lo más importante, tampoco le quita utilidad.

Una última aclaración. Y un agradecimiento.

En un país en el cual el deporte nacional parece ser la susceptibilidad, creo necesario aclarar, ya que como periodista se me exige objetividad y pretendo el mayor desapasionamiento posible, que no pertenezco al MID. Si me decidí a la publicación de este libro fue porque cuando "La historia secreta de la caída de Frondizi" fue publicada, algunas voces escuché que todavía, a 21 años de aquel 29 de marzo de 1962, pretendían justificar la insensatez que implica todo golpe de Estado.

Fueron esas voces, precisamente, las que me decidieron en favor de este testimonio.

El agradecimiento es para mi director editorial, Jorge Fontevecchia. A su generosidad y a su entusiasmo debo la autorización para que estas páginas sean publicadas. En este momento, no puedo dejar de recordar que Fontevecchia es un editor argentino que vive hoy el drama del exilio por haber sido puesto injusta, arbitrariamente, como tantos otros argentinos a lo largo de estos años de dictadura, a disposición del Poder Ejecutivo Nacional bajo cargos que ese Poder Ejecutivo se comprometió a probar y que, por su-

puesto, jamás pudo probar, ni podrá probar, sencillamente porque son cargos falsos. ¿A cuántos ciudadanos deberá rescatar la futura democracia?

A esa futura democracia, que deberemos sostener y defender entre todos, también está dedicado este primer libro mío, que mi adolescencia soñó novela y mi país quiso político.

ALBERTO AMATO
Setiembre de 1983

CAPITULO I

LAS DIFICULTADES EN EL '58: SUBDESARROLLO E INTOLERANCIA POLITICA

—Cuando encaré la investigación periodística sobre el derrocamiento del doctor Arturo Frondizi, lo primero que encontré fue una afirmación, casi dramática, hecha por Frondizi al historiador Félix Luna. Al referirse a su período de gobierno, el doctor Frondizi le dice a Luna: “Cuando uno recuerda las condiciones en que lo recibí. . .”. Esa frase me llevó a empezar mi investigación por aquel año '58. De ese modo, lo que, en principio, iba a ser una nota periodística, se convirtió en una serie de cinco extensos artículos que intentaron reflejar casi cinco cruciales años de nuestra historia contemporánea.

Encontré un país dividido en 1958, lastimado, alejado de la posibilidad de curar sus heridas; un país que clamaba por la unidad y por la concordia, pero que parecía más dispuesto a la revancha que al acuerdo; un país económicamente empobrecido, socialmente paralizado: casi un espectro de país. Claro, ésta es la mínima y leve conclusión que puede extraer, veinticinco años después, un periodista que, por entonces, tenía ocho años.

Me interesa que usted, Frigerio, amplíe aquella frase del doctor Frondizi, que se extienda sobre cuáles eran las dificultades concretas, cuáles los condicionamientos, cuál era el panorama de la Argentina al llegar al gobierno la entonces Unión Cívica Radical Intransigente.

Rogelio Frigerio. — Las severas dificultades que debió afrontar el gobierno desarrollista presidido por el doctor Arturo Frondizi, podrían resumirse, primero, en el clima de revanchismo y de intolerancia política engendrados en tiempos de la llamada Revolución Libertadora; segundo, en la esclerosis ideológica que dominaba en los grupos dirigentes; tercero, en el deterioro de la situación económico-social como consecuencia del agotamiento del ciclo distribucionista tanto del peronismo como de la política aplicada por el gobierno surgido del golpe de Estado de 1955, y aun por la política aplicada por aquellos gobiernos que, desde 1930, habían fortalecido la inviable estructura agro-importadora e instrumentaron el más franco intervencionismo estatal, como lo revela la creación de las juntas reguladoras, paradójicamente establecidas por los representantes del liberalismo económico.

— *¿Podríamos analizar cada uno de estos tres aspectos por separado?*

Rogelio Frigerio. — Sí, por supuesto. La Argentina vive, ya desde hace tiempo, una crisis global inherente a su subdesarrollo económico que se expresa, en el campo social y político, con tensiones y conflictos; como así también en distorsiones ideológicas alimentadas por los grupos interesados en que las cosas no cambien. Sería muy largo extendernos sobre los mecanismos mediante los cuales esa crisis se manifiesta. Pero lo cierto es que, en la segunda mitad de la década del '50 se expresaba en la áspera antinomia peronismo-antiperonismo y en la existencia de anacronismos ideológicos tanto en el campo peronista como en el campo antiperonista.

La antinomia peronismo-antiperonismo, el revanchismo

dominante después del golpe de Estado de 1955 y la consiguiente fractura del Frente Nacional, en tanto las Fuerzas Armadas e importantes sectores sociales impulsaban el aislamiento del peronismo, hacía difícil una política de desarrollo como la que nosotros propiciábamos. Habíamos llegado a la conclusión de que era indispensable una alianza de clases y de sectores sociales para dar sustento a esa política y para enfrentar los intereses internos y externos ligados a la perpetuación del subdesarrollo. La ideología antiperonista era un obstáculo muy severo, justamente porque el peronismo incluía en su seno, e incluye, a la parte sustancial de un componente decisivo de esa alianza, como es la clase obrera. Esto explica nuestros esfuerzos por establecer una coincidencia con el peronismo, cuya importancia para nosotros radicaba no tanto en el aspecto cuantitativo-electoral, sino en el aspecto cualitativo, en su composición social. Pero es obvio que existía un serio condicionamiento para desplegar esa política.

En 1958 el antiperonismo era la ideología que servía a los intereses ligados al atraso, a la obstrucción del Frente Nacional; tal como lo es hoy la tendencia a crear una opción peronismo-radicalismo como partidos separados, autosuficientes y reacios a la idea del Frente Nacional. Superada la antinomia, el antifrente toma otra modalidad. Pero en aquel entonces, el fondo del problema era éste: impedir un frente que expresara la alianza de clases y de sectores sociales para llevar a cabo la política de desarrollo nacional.

— *¿Vamos a la segunda de las dificultades?*

Rogelio Frigerio. — La segunda dificultad, el anacronismo ideológico ante los problemas nacionales, no era menos

sería. Inclusive, afectaba a no pocos dirigentes de la UCRI que no comprendían cabalmente el significado del programa levantado por su jefe, el doctor Arturo Frondizi. Le cito algunas: la idea de que la explotación del petróleo sólo podía hacerla directamente YPF, lo que llevó a que, cuando nosotros nos hicimos cargo del gobierno, se importara el sesenta por ciento del consumo; el reformismo agrario, expresado en la retórica del programa radical de una “reforma agraria inmediata y profunda”, que impedía la capitalización del agro y la integración entre el campo y la industria; el laicismo, prejuicio que rechazaba la enseñanza libre y limitaba, en consecuencia, las posibilidades de poner a la educación al servicio del desarrollo nacional; el estatismo y el dirigismo, que no fueron desmontados por el gobierno surgido en 1955, que hizo una redistribución regresiva del ingreso, pero mantuvo y aun acentuó los controles —al punto de que existe un decreto de rígido control de precios, el número 2740/56, firmado por el ingeniero Alvaro Alsogaray, entonces ministro secretario del gobierno de Aramburu—; y existía, como parte de ese anacronismo ideológico del que hablamos, el rechazo por la participación del capital extranjero, un rechazo que dominaba en el radicalismo, en el peronismo, en el nacionalismo y en la izquierda. Subyacía en todo esto una incompreensión de la realidad mundial. No se visualizaba que el conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, dado que las armas nucleares hacían imposible una guerra generalizada, marchaba hacia la coexistencia pacífica, hacia el traslado progresivo de la competencia en el campo militar al campo económico y político. Había muchos que esperaban la tercera guerra mundial y creían que la solución era una “tercera posición” o el aislacionismo.

Nosotros, como practicábamos una política de princi-

pios y queríamos resolver los problemas, tuvimos que nadar contra la corriente ideológica. Lo hicimos durante la campaña del doctor Frondizi y desde la revista *Qué*, donde se analizaba la realidad semanal y que servía a los fines de la elaboración doctrinaria. Fuimos muy conscientes de eso con el doctor Frondizi cuando concebimos la estrategia desarrollada luego en la campaña electoral y en el gobierno. Estábamos seguros, como se confirmó luego, de que eso sería comprendido en las capas profundas del pueblo: una comprensión que aumentaba cuanto más se descendía desde la cúspide a la base.

—¿Fue difícil lograr esa estrategia?

Rogelio Frigerio. —Para formularla tuvimos que archivar toda la literatura sagrada, todos los prejuicios ideológicos, y encarar los problemas con una visión y una metodología totalmente nuevas. ¿Qué nos hace más Nación? Esa era la pregunta básica a partir de la cual desgranábamos los temas. ¿Nos hace más Nación la actividad excluyente de YPF, o que la empresa estatal ejecute la política petrolera dando participación al capital privado? ¿Nos hace más Nación importar bienes básicos o utilizar capitales extranjeros junto con los nacionales para producirlos aquí y movilizar nuestros recursos? ¿Nos hace más Nación dividir las tierras, con lo que limitamos las posibilidades de incorporar tecnología moderna, o capitalizar el agro y aumentar la producción? ¿Nos hace más Nación un sector público sobredimensionado o un Estado adecuado a la realidad del país y con fuerza para orientar el proceso económico e imponer los objetivos nacionales? Así a través de esas preguntas y de las consiguientes respuestas, fue surgiendo un programa totalmente novedoso

que aún mantiene vigencia justamente porque el país sigue todavía sin resolver la crisis del subdesarrollo.

—¿La tercera de las dificultades?

Rogelio Frigerio. —La tercera dificultad surgía de que, durante el peronismo, se había terminado el ciclo generado por los excedentes que el país obtuvo durante la Segunda Guerra Mundial; así como también había agotado sus posibilidades la industrialización no integrada, limitada a la producción de bienes finales de la industria liviana. Esta tercera dificultad aparecía igualmente porque la política aplicada por el gobierno de la llamada Revolución Libertadora había agravado la situación, había contraído el mercado, había acentuado la inflación y había aumentado la deuda externa. Un cuadro que luego se repetiría muchas veces en la Argentina. El gobierno del doctor Frondizi recibió un país con retracción de la actividad productiva, con un salario retrasado y con una pesada deuda externa para la economía de entonces, además de los controles y el estatismo que obstruían el proceso de formación de capital; así como los prejuicios ideológicos que se erizaban cuando nosotros metíamos mano en las “vacas sagradas” y arremetíamos contra los problemas de fondo superando los tabúes que vedaban su tratamiento.

—*Frigerio, perdone si yo me aparto un poco de la parte histórica. Pero ha dicho usted recién que el gobierno de la Revolución Libertadora había provocado la contracción del mercado, había acentuado la inflación y había aumentado la deuda externa. Se me antoja que son tres importantes aspectos de una realidad económica que hoy vuelven a repetirse. ¿Me equivoco mucho o el próximo gobierno*

constitucional argentino va a recibir un país, salvando las distancias, tan difícil como el que recibió el doctor Frondizi, o acaso aun más difícil?

Rogelio Frigerio. —Efectivamente, la Revolución Libertadora aplicó la receta liberal que consiste básicamente en provocar recesión para intentar detener la inflación, sin lograrlo, puesto que ataca la superficie monetaria del fenómeno y no sus causas profundas. En ese sentido, es verdad, la situación actual se asemeja a la que recibimos en 1958. Pero la diferencia está en la extrema gravedad de esta crisis, que no reconoce antecedentes por su profundidad y su extensión. Recurrentemente se aplicó en el último cuarto de siglo la política liberal-monetarista. Así fue en 1962, en 1967 y desde 1976; pero en este último caso se llegó mucho más lejos, puesto que se han desmantelado sectores enteros de la industria. Hemos llegado a un deterioro tal que están amenazadas y agraviadas todas las manifestaciones de la vida social. La tendencia más firme es la que nos conduce al caos: de allí que se ciernan sobre el proceso de institucionalización muy sombrías perspectivas. Por ello nosotros hemos planteado, como requisito para asegurar la vigencia plena de la democracia, introducir sin más demora los cambios que se requieren con urgencia.

—*Hasta ahora hemos hablado de las difíciles condiciones en las que recibió el gobierno el doctor Frondizi. ¿Podemos abordar ahora los condicionamientos que el gobierno de la entonces Unión Cívica Radical Intransigente debió soportar aun antes de que el presidente electo se hiciera cargo del gobierno?*

Rogelio Frigerio.—Los condicionamientos surgían de esa situación objetiva que he descrito en las respuestas anteriores. Pero, además, resultaban de una actitud deliberada del gobierno de la Revolución Libertadora. Cuando vieron que era imposible impedir el triunfo de Frondizi y la entrega del poder, trataron por todos los medios de crearle dificultades a fin de sembrar la semilla de un nuevo golpe de Estado. Para los gorilas, como se les decía entonces a los sectores más antiperonistas y revanchistas, era inaceptable un gobierno que proponía la reconciliación nacional. Y, naturalmente, era inaceptable para los intereses anti-nacionales un gobierno que proponía la constitución de un sólido Frente Nacional y el desarrollo independiente del país; por lo cual los personeros de esos intereses echaban leña al fuego del odio y del revanchismo gorila. Así fue como en los últimos meses de la presidencia de Aramburu, se tomaron muchas medidas que condicionarían al futuro gobierno, como la de incrementar injustificadamente la deuda externa. Y se desplegó una intensa campaña de acción psicológica tendiente a “demostrar” que nosotros no sólo íbamos a “reperonizar” el país, sino a “demostrar” también, que éramos agentes de Moscú. Fue una campaña tendiente a confundir la política de Frente Nacional con un electoralismo bastardo. Esa campaña de acción psicológica se proyectaría durante todo el gobierno desarrollista; esos sectores conservaron resortes de poder e importantes medios de comunicación social.

LAS PRESIONES CONSPIRATIVAS: REVOLUCION
LIBERTADORA. CUPULA MILITAR. RADICALES

—*Doctor Frondizi, han pasado ya más de veinticinco años desde aquellos días de 1958. ¿Considera hoy, después*

de un cuarto de siglo, que pudo haber sido un error de su parte aceptar el gobierno en aquellas condiciones?

Arturo Frondizi.—Estoy convencido que no fue un error haber aceptado y haber gobernado en aquellas condiciones. Esta afirmación la hago después de haber meditado mucho sobre los acontecimientos que me tocó protagonizar. Le confieso que, en algún momento, pensé si no había sido un error haber admitido desempeñar la primera magistratura con tantos condicionamientos. Tal vez hubiese sido más beneficioso para mi “imagen” rechazar estentóreamente todas las presiones y no haber asumido la presidencia. O haber renunciado a ejercerla en esas condiciones y abandonar el cargo. Pero en este caso, me refero a la “imagen” entre comillas, porque se trata de un aspecto superficial que verdaderamente no cuenta cuando uno se plantea lo que el país necesita. Desde esta perspectiva, la imagen es lo que menos importa. Hay que realizar las tareas que sean necesarias para modificar un rumbo que nos lleva hacia el desastre, aun cuando ello contraría lo que pretenden los factores de poder que manipulan los estados emocionales de la opinión pública. Nosotros tenemos una concepción del gobierno que nos hace considerarlo un instrumento, un paso necesario en la lucha por la realización plena de la Nación. De ninguna manera el gobierno es para nosotros un punto de llegada o un factor de éxito individual. Creo que la obra realizada por nuestro gobierno es hoy un espejo en el que podemos mirarnos los argentinos y reflexionar sobre lo que se requiere hacer con urgencia. Y sobre el procedimiento más apto para realizar los objetivos nacionales en el plazo más breve, del modo más completo. A pesar de las presiones, de los planteos,

de las intrigas, de las campañas psicológicas y de los conatos de golpe de Estado, creo que pudimos realizar una obra significativa, lo que justifica haber gobernado en esas condiciones. Que el enemigo nacional haya debido finalmente recurrir al derrocamiento, es la prueba de que no lograron torcer nuestra voluntad de resolver las cuestiones fundamentales que nos condenan al subdesarrollo: tal era la tenacidad con la que el gobierno desarrollista que tuve el honor de presidir persiguió los objetivos que se había fijado.

—*Doctor Frondizi, ¿qué tipo de presiones ejercían por entonces las Fuerzas Armadas?*

Arturo Frondizi. —Tanto en la cúpula de las Fuerzas Armadas como en la sociedad, se registraba una gran intolerancia ideológica y política. Muchos grupos dirigentes se encontraban muy inficionados de antiperonismo, de revanchismo. No estaban dispuestos a tolerar el reencauzamiento de la convivencia nacional sobre bases nuevas y generosas. En esas condiciones, el golpismo era una tensión cotidiana. Se expresaba de mil formas distintas, desde los planteos, las amenazas, las intrigas, hasta la guerra psicológica que generalizaba la confusión y promovía acciones erróneas en las dirigencias sociales. El común denominador era el hecho, como lo es hoy, de que los grupos dirigentes no comprendían el carácter de la crisis ni hacia adónde había que apuntar para salir de ella. Las Fuerzas Armadas no eran el único sector donde se desarrollaba esa acción confusionista. En el gobierno de la Revolución Libertadora había quienes no querían entregar el mando para poder seguir aplicando su política sectaria y antipopular: eran los “quedantistas”. Y, por otro lado, estaban los que sostenían que la misma orientación debía seguirse desen-

volviendo desde el nuevo gobierno: a éstos se los llamaba los “continuistas”. Usted se dará fácilmente una idea de la gravedad de esa situación, si le digo que, entre ambas facciones, los menos peligrosos eran estos últimos.

—*Doctor, antes de las elecciones el gobierno del general Aramburu había nombrado ministro del Interior al doctor Alconada Aramburú, de la Unión Cívica Radical del Pueblo, con lo que el viejo partido de Alem pasaba a ser algo así como el candidato del oficialismo: esa especie de “herederos del poder” que los gobiernos militares se empeñan en querer dejar a la hora de institucionalizar el país y que parecía un fenómeno de los años ’70, pero que, por lo que se ve, tiene orígenes bastante anteriores. Por otra parte, doctor, habían pasado sólo tres años del derrocamiento de Perón, dos años desde los fusilamientos de los militares sublevados y desde los asesinatos de José León Suárez: sospecho que eran heridas demasiado frescas y demasiado hondas. ¿Cuál cree usted que era el pensamiento y la actitud de las Fuerzas Armadas de entonces? ¿Creían en el triunfo de los Radicales del Pueblo? ¿Se sentían “traicionadas” por haber permitido elecciones, con el peronismo proscrito, para que, en definitiva, triunfara un candidato que había recibido el voto de los peronistas?*

Arturo Frondizi. —No creo que se pueda considerar la actitud de las Fuerzas Armadas en bloque, ya que ellas sólo pueden formar una unidad plena cuando están alineadas tras objetivos claramente nacionales. En su cúpula había, sin duda, quienes creían en la victoria en las urnas del candidato que aseguraba el continuismo, a partir de una errada evaluación del comportamiento electoral de las masas. Más que con el sentimiento de haber sido traicionadas, creo

que, fundamentalmente, estaban confundidas. Pero, desde luego, el despecho debe haber sido una actitud que se hubiera podido constatar en no pocos integrantes de la cúpula militar, allí donde el antiperonismo era la posición predominante. Sin embargo, durante mi gobierno, traté con muchos oficiales superiores que iban comprendiendo aceleradamente las necesidades de reconciliación, de mirar hacia el futuro, de cerrar las heridas abiertas y, fundamentalmente, de transformar las estructuras del subdesarrollo donde se incubaban, como todavía se incuban con mayor virulencia que entonces, las tensiones sociales.

—Doctor Frondizi, usted sabe que al general Aramburu se le atribuye una frase, pronunciada por aquellos días, que decía: “Frondizi tiene que llegar, pero con la lengua afuera. . .” Y sintetizaba, me parece, una intención de que el flamante gobierno electo asumiera sus responsabilidades desgastado, deteriorado si se quiere, por el previo accionar de la oposición. ¿Qué papel jugó en aquellos días el entonces presidente provisional, general Aramburu? ¿Es posible pensar que su aspiración fuera convertirse en el presidente de la Nación, luego de derrocado el gobierno de la UCRI?

Arturo Frondizi. —A mí no me consta que el general Aramburu pronunciara esa frase. Sin embargo, resultó obvio que el gobierno militar trató de crear condicionamientos al nuevo gobierno. Y lo logró al transferir problemas extremadamente graves y sin solución a la vista. Es, por otra parte, lo mismo que está planeando hacer el gobierno actual con quien asuma después. Por cierto, el plan de los grupos gorilas era tomar el gobierno.

—Doctor, en sus últimas respuestas ha hecho usted una clara referencia al hoy. Admitió que en el año '58, como hoy, los grupos dirigentes no comprendían el carácter de la crisis; dijo que era en las estructuras del subdesarrollo donde se incubaban, como se incuban hoy con más virulencia, las tensiones sociales y, por último, denunció que el actual gobierno militar argentino planea hacer con el gobierno que lo suceda, lo mismo que el gobierno de la Revolución Libertadora hizo con el suyo: transferirle problemas extremadamente graves y sin solución a la vista. A su juicio, doctor, ¿no hay manera de impedir que esto suceda? ¿Encontrará el futuro gobierno constitucional argentino un país ingobernable para que, al cabo de unos pocos años, esta cíclica tragedia que vivimos los argentinos, vuelva a repetirse? Y por último, doctor, a la luz de las diferencias surgidas en marzo de este año entre los miembros de la Multipartidaria, ¿tendrá que luchar siempre el desarrollismo entre sus aspiraciones y esa incompreensión que, afirma, tiene gran parte de la dirigencia política argentina? Hubo incompreensión en la dirigencia del año '58, la hubo en la dirigencia del año '73, la hay en la dirigencia política del '83: ¿existirá por siempre esa incompreensión? ¿O es el desarrollismo el que exige ser comprendido en demasía? ¿Es posible, en definitiva, el entendimiento, el acuerdo? ¿Quién tiene que ceder posiciones? ¿Qué es lo que se tiene que ceder?

Arturo Frondizi. —Creo que nadie duda hoy que el subdesarrollo es la fuente de las tensiones sociales. Un punto básico de la doctrina desarrollista, que la Argentina es un

país subdesarrollado, ha pasado a constituir hoy un dato básico del análisis político nacional, aunque no se lo asuma en todo su alcance. Lo comparten sobre todo vastos sectores populares, antes reacios a esa definición del país. En todo caso, es cierto que el actual gobierno transfiere a su sucesor problemas de gravedad sin precedentes, cuya solución se dificulta con cada día que pasa y con cada medida que se toma. Está claro que las futuras autoridades heredarán un país difícilmente gobernable y que si no aciertan con el diagnóstico y las soluciones, la tragedia cíclica a que usted se refiere tendrá todas las posibilidades de repetirse. Lo decimos desde que la actual etapa preelectoral comenzó y lo repetimos ahora. Allí ha radicado nuestra discrepancia con los otros partidos dentro de la Multipartidaria, que han preferido apuntalar el proceso electoral y se han desentendido de la tarea de crear condiciones de sustentación para el gobierno que surja de ese proceso. Tenemos todo el derecho de calificar tal actitud como manifestación de incompreensión y para ello sirven los antecedentes de 1958, 1963 y 1973. Nos parece evidente que no es el desarrollismo el que tiene que ceder posiciones, a partir de las que postulamos en el campo de los principios y el análisis. No creemos exigir demasiado. Basta ver lo que dicen hoy casi todos los protagonistas del debate electoral para comprobar que constantemente repiten posiciones desarrollistas. Lo que tiene que ceder es la tendencia a repetir fórmulas fracasadas y a afirmar en público lo contrario de lo que se dice en privado.

¿QUIENES ESTAN CONTRA EL FRENTE NACIONAL?

—A su juicio, Frigerio, ¿había algún sector de esas Fuerzas Armadas, había algún militar interesado en respetar la

legalidad y entregar el poder a las autoridades electas? ¿Había algún sector de las Fuerzas Armadas, algún militar, que no conspirara? ¿O es que ya las Fuerzas Armadas habían decidido convertirse en jueces, árbitros, vigilantes, guardia pretoriana del flamante gobierno?

Rogelio Frigerio. —Había, naturalmente, matices aun cuando la cúpula impusiera su criterio. Había muchos dispuestos a respetar la legalidad. Y digo esto porque, en caso contrario, no hubiesen entregado el gobierno. Sin embargo, aun cuando la actitud “gorila” era prevaleciente, cabe señalar que esa actitud, que se inscribe en el clima ideológico de entonces, no era patrimonio exclusivo de las Fuerzas Armadas. Había entonces muchos civiles que golpeaban las puertas de los cuarteles, que actuaban de manera articulada con altos mandos militares y que eran conspicuos dirigentes de partidos que se calificaban de democráticos. Esa experiencia demuestra, como muchas otras que ha sufrido dolorosamente el país, que es artificial dividir al país entre civiles y militares. Es entrar en la trampa de los que quieren obstaculizar la alianza de clases y sectores sociales: el Frente Nacional.

Insisto: en el campo del golpismo, que es lo mismo que decir el campo de los que obstruían el desarrollo nacional y la posibilidad de establecer una democracia sólida, no había sólo militares; como no había sólo civiles en el campo de los defensores de la legalidad, aun cuando éstos no hayan prevalecido. Es ese camino de análisis de la realidad el que mejor se ajusta a los hechos, y es el que permite evitar consolidar una alianza entre los militares y los grupos que permanentemente conspiran contra la posibilidad del desarrollo nacional.

—¿Es por eso que hubo permanentes rumores y pre-
anuncios de golpe de Estado en el breve lapso que va del
23 de febrero de 1958, fecha de las elecciones, al 1º de
mayo de ese año, en que asumió el doctor Frondizi?

Rogelio Frigerio. —No sólo rumores: había conspira-
ción. Los sectores que no querían entregar el gobierno
trabajaban para el golpe: eran los ya recordados “quedan-
tistas”, que tenían un proyecto distinto del de los “conti-
nuistas”, partidarios de continuar imponiendo la candida-
tura oficialista del doctor Balbín y, luego, partidarios de
entregar el gobierno con condicionamientos. Como usted
ve, los autodenominados democráticos, no eran partida-
rios en ningún caso de una democracia plena.

—Años más tarde, a poco de su derrocamiento, doctor
Frondizi, las Fuerzas Armadas protagonizarían un terrible
enfrentamiento. ¿Ya en 1958 estaba sembrada la semi-
lla que iba a llevar a aquel choque entre “azules” y “co-
lorados”? ¿O esa diferencia se ahondaría durante los años
de su mandato?

Arturo Frondizi. —En el seno de las Fuerzas Armadas se
registraban diversas tendencias y un alto grado de confu-
sión, producto de la acción psicológica, tal como le señalé.
Se registraba también, y esto explica lo que ocurrió des-
pués, una falta de conexión entre las preocupaciones de
las cúpulas y las necesidades que experimentaba el cuerpo
social. Evidentemente, estaba ya en desenvolvimiento el
germen de las contradicciones y enfrentamientos que se
manifestarían después, aun cuando no se expresaran toda-
vía en el plano consciente y, mucho menos, en el nivel más
alto de la conducción.

—Me gustaría tocar ahora aquel controvertido, explosivo
episodio que se llamó “el pacto Perón-Frondizi”. ¿Algu-
na vez existió un acuerdo firmado por usted y el general
Perón, por algún enviado especial suyo y el general Perón,
acerca de compromisos a cumplir una vez en el poder el
gobierno de la UCRI?

Arturo Frondizi. —Voy a empezar diciéndole que creo
que un análisis histórico desapasionado, mostraría como
evidencia que nuestra propuesta en 1958 gozaba de un res-
paldo mayoritario. Muchos votos peronistas, que en las
elecciones constituyentes de 1957 se habían expresado en
blanco, ante las elecciones presidenciales iban a volcarse en
forma positiva y, por supuesto, no hubieran respaldado la
candidatura que auspiciaba la Revolución Libertadora. Es-
to quiere decir que nosotros ganábamos las elecciones sin
necesidad de un acuerdo explícito con el peronismo. No
obstante ello, buscamos abiertamente un entendimiento
con Perón para incorporar lo más orgánicamente posible
—dadas las condiciones políticas que imperaban entonces—
ese movimiento al esfuerzo que se iba a realizar desde el
gobierno. Este objetivo era muy importante porque, ade-
más del aspecto cuantitativo, se trataba del aporte cuali-
tativo que supone sumar activamente a la clase obrera, cu-
ya filiación política era manifiestamente peronista. Esa
era ya entonces, la política del Frente Nacional que el de-
sarrollismo ha venido sosteniendo con total coherencia has-
ta ahora, convencido de que es una condición ineludible
para sacar al país de su progresivo y cada vez más acelera-
do deterioro.

Por ese motivo, Rogelio Frigerio viajó a Caracas para plantearle a Perón su concurso para esa política, lo cual consiguió en un acuerdo explícito. El contenido de ese acuerdo estaba expuesto en el programa que se iba a aplicar desde el gobierno y que fue dado a conocer a través de veinte discursos fundamentales que pronuncié durante la campaña electoral. Pero, al margen de ello, el pacto fue positivo porque estaba ubicado en la dirección del Frente Nacional.

—¿A qué se refiere usted cuando menciona “un acuerdo explícito”? ¿A un acuerdo tácito, a un pacto entre caballeros, a un programa mínimo de coincidencias expresadas verbalmente o a un acuerdo general llevado al papel y firmado por los protagonistas —en este caso por Frigerio y Perón— en Caracas? ¿Firmó usted ese “acuerdo” general? Me permito insistir, doctor, porque aun hasta hoy sigue confusa la firma de aquel famoso pacto entre usted y Perón. A un año y un mes de asumir usted la presidencia, Perón va a dar a conocer el texto del pacto con las firmas suya y del doctor Frigerio. El 15 de junio de 1959, en una carta al doctor Vítolo, su ministro del Interior, usted va a comprometer su honor ante Dios y ante la historia cuando asegura que la firma que se le atribuye ha sido falsificada. ¿Quién piensa usted que la falsificó? Obviamente, ¿conocía el general Perón que el documento que presentaba era apócrifo? ¿Hubo dos documentos, uno auténtico y firmado que sencillamente fijaba los lineamientos de un acuerdo general, y un segundo documento apócrifo fraguado a un año y un mes de asumir usted el gobierno con la intención de “descargarle un golpe mortal”, como le escribe Perón a John William Cooke?

Arturo Frondizi. —No hay duda de que el acuerdo con Perón existió. Esencialmente el llamado “pacto” se trataba de una alianza política para la coyuntura que enfrentaba el país. Desde luego tenía contenidos concretos, como lo demostró la política del gobierno desarrollista. Baste citar el aumento general de salarios, la ley de Asociaciones Profesionales, la amnistía, la anulación de la legislación antiperonista sancionada por el gobierno de la Revolución Libertadora, la devolución de los sindicatos y la CGT a sus legítimos titulares, el levantamiento de las proscripciones que afectaban al partido peronista y de las inhabilitaciones a millares de sus dirigentes. Esas medidas fueron combatidas apasionadamente por la oposición, en especial por el radicalismo. En definitiva, la causa inmediata del golpe de Estado de marzo de 1962 fue la victoria parcial del peronismo en la elección de ese mes. De suerte que todo el anecdotario del “pacto” carece de relevancia ante el hecho de que existió y sobre todo que el gobierno lo cumplió en todo lo que era sustancial a despecho de las tremendas dificultades que existían, incluidas las creadas por grupos peronistas intransigentes y extremistas. Por otra parte, lo hicimos sin violentar nuestras convicciones, pues esas determinaciones que el gobierno desarrollista adoptó formaban parte de su programa y se hubieran tomado con o sin pacto con el general Perón; como que seguimos defendiendo hoy los principios que las sustentan.

—Aun tumultuoso como resultó, el acuerdo entre usted y Perón fue un pacto, una alianza; resultó ser un recurso que se usa bastante comúnmente en las democracias. ¿Por qué cree usted que fue tan mal visto hace veinticinco años?

Arturo Frondizi. —Estoy convencido de que esa políti-

ca fue comprendida por importantísimos sectores de la población. Fue rechazada, en cambio, por los factores de poder que iban a ver terminada la política de sectarismo y de intolerancia que había instalado en el país la Revolución Libertadora. Ellos reaccionaron violentamente contra nuestra propuesta frentista e hicieron todo lo posible para presentarla como algo turbio, que debía ser rechazado. En alguna medida, consiguieron imponer sus propósitos confusionistas. Pero, como usted dice, esa política tiene contenidos genuinamente democráticos, puesto que aspira a construir el Frente Nacional.

— *¿Existía entre la UCRI y el peronismo (o entre Frondizi y el general Perón) el compromiso de dictar una ley de amnistía o una ley que anulara las medidas de excepción tomadas contra los peronistas por el gobierno de la Revolución Libertadora? ¿Se debía también restablecer a los sindicatos su anterior condición? ¿Debía el gobierno de la UCRI procurar abrir la vía electoral al peronismo?*

Rogelio Frigerio. —La reconstitución del movimiento obrero organizado era un prerequisite de la alianza de clases y de sectores sociales que se necesita para el desarrollo nacional; como a su vez la integración del peronismo al proceso político era un prerequisite del Frente Nacional representativo de esa alianza. Es decir, la legalidad para el peronismo, la devolución de la CGT y de las organizaciones sindicales al movimiento obrero y la ley de Asociaciones Profesionales que sancionó el gobierno desarrollista, formaban parte de nuestro programa. Formaban y forman parte de una política de desarrollo nacional tal y como nosotros la concebimos. Por ende, nosotros hubiésemos tomado esas medidas con o sin compromiso con Perón.

No obstante, preferimos llegar a ese acuerdo con Perón, pese a que nos habíamos comprometido públicamente a ello. Lo hicimos con el propósito de sembrar la semilla de un Frente Nacional más perfecto. El triunfo electoral del doctor Frondizi estaba asegurado por tres razones: por el enorme prestigio del candidato, por la adhesión que despertaba su propuesta desarrollista, y porque los peronistas, luego de la elección de constituyentes, no querían seguir con el “voto-blanquismo” e iban a votar contra el candidato del gobierno. Pero, dada la rígida proscripción, no podíamos hacer un frente electoral dando cabida a los peronistas en la nómina de candidatos. Hicimos todo lo posible para que entre los peronistas no quedara el resentimiento de un usufructo de su proscripción. Al apoyo peronista que vendría espontáneamente le dimos la forma de un compromiso con su líder y su dirigencia, a fin de que, al menos, fuera un embrión del Frente Nacional y luego pudiera desenvolverse más allá de los comicios.

Esa política fracasó en el sentido de que la dirigencia peronista entró luego en el juego del peronismo y antiperonismo, articulándose con la conspiración “gorila” durante buena parte de nuestro gobierno. Pero tuvo éxito en el sentido de que dejó tendidos puentes que, más tarde o más temprano, van a fructificar.

— *Tenemos entonces, ley de amnistía, restitución de los sindicatos y apertura de la vía electoral para el peronismo. Tres puntos, entre otros, que despertaron enormes reacciones. ¿Sonaba tan descabellado en 1958 pretender esas tres necesarias medidas que, años más tarde, debieron instrumentarse yo diría que en medio de la violencia que sacudió y modificó a la Argentina de los años '70?*

Rogelio Frigerio. —Las reacciones que despertó nuestra política eran producto del clima de intolerancia que existía entonces; una manifestación de la antinomia peronismo-antiperonismo cuya superación nosotros planteamos por primera vez. Luego, ese camino fue recorrido por otros; pero cabe distinguir las dos formas de entendimiento con el peronismo que se han practicado: una, frentista, basada en objetivos de política de fondo; otra, sólo pensada en función de obtener que los gobiernos de facto otorguen elecciones.

—*Doctor, ¿qué temían los militares de entonces? ¿Que una amnistía hacia los peronistas incluyera a los militares peronistas que habían pasado a retiro después de setiembre de 1955?*

Arturo Frondizi. —No creo que ésa fuera la motivación fundamental. La clave para comprender las actitudes contra nosotros en esa época, están, por una parte, en el anti-peronismo irracional, que quería eliminar al peronismo de la vida política argentina; y, por otra, en los intereses vinculados al subdesarrollo que querían mantener el statu quo y utilizaban todas las pasiones que habían desatado para lograr esos fines. Debían oponerse y tratar de frenar por todos los medios la obra desarrollista.

—*Acaso el poder militar de entonces temiera que el gobierno de Frondizi pudiese anular todo lo llevado a cabo por la Revolución Libertadora. ¿Habló alguna vez de esto con el general Aramburu o con algún otro jefe militar?*

Arturo Frondizi. — Fuimos siempre muy claros cuando hablamos con el gobierno saliente respecto a que iba-

mos a anular todo lo que había de reaccionario en la Revolución Libertadora. Les señalamos que terminaríamos con el clima de revanchismo que envenenaba la vida política. Por cierto, ello no alcanzaba a la obra de gobierno y de construcción que se hubiera podido realizar durante ese período.

—*Y, sin embargo, había quienes se esforzaban por impedir que usted asumiera la presidencia. . .*

Arturo Frondizi. —Hubo quienes propusieron no entregar el gobierno a las autoridades surgidas de las elecciones. Esa iniciativa no prosperó, entre otras cosas, por la amplitud de la victoria popular. Esa victoria popular es una prueba histórica de la fuerza política que consigue el Frente Nacional cuando logra constituirse —aun precaria y limitadamente como ocurrió entonces— y actuar unitariamente. La fuerza del Frente Nacional es la fuerza del pueblo tras los objetivos de realización de la Nación, y por ello el aspecto programático es fundamental. A tal punto lo es, que puede afirmarse que no hay Frente sin programa para el cambio, para el pasaje acelerado del subdesarrollo al desarrollo.

¿PERON CONTRA FRONDIZI?

—*En su libro Frondizi por él mismo, el periodista Rodolfo Pandolfi lo cita a usted, doctor, diciendo: “. . . Yo resulté electo presidente con el voto de los peronistas. Después me vi enfrentado al peronismo y lo reprimí con extrema severidad.” ¿Qué fue lo que llevó a ese rápido enfrentamiento con el peronismo? ¿Por qué dicen los peronistas*

que usted abandonó el programa de gobierno “nacional y popular” y empezó a practicar una política de “entrega del país a intereses monopólicos internacionales”?

Arturo Frondizi. — No recuerdo haber pronunciado la frase que usted evoca, que por otra parte no coincide con mi forma de analizar los problemas ni aquellos acontecimientos. El gobierno desarrollista se vio jaqueado desde diversos ángulos. Una parte de la dirigencia peronista manifestó una total incomprensión del Frente Nacional y se lanzó al hostigamiento del gobierno, con lo cual colaboraba ostensiblemente con sus verdaderos enemigos. En enero de 1959, el peronismo declaró una huelga revolucionaria, cuando nosotros recién empezábamos a aplicar la política de desarrollo. Estando la provocación en marcha, debimos enfrentar también la presión militar que quería reprimir con carácter de venganza: había una propuesta de realizar fusilamientos contra los sediciosos. Pero logramos mantener el orden dentro del más absoluto respeto de la legalidad. La prueba que nuestros enemigos no podrán ocultar nunca, es que durante el gobierno de 1958 a 1962 no hubo una sola vida perdida en la lucha política. Tomamos medidas muy concretas que beneficiaban al peronismo y a la clase obrera, la que recuperó sus organismos representativos y pudo expresarse plenamente. Por supuesto que no abandonamos en ningún momento el programa nacional y popular, como lo prueba suficientemente la obra de gobierno que realizamos en esos años. Con el paso del tiempo, esos resultados van cobrando, a los ojos de los observadores, su verdadera importancia. Y esta afirmación no tiene sólo interés histórico, puesto que lo que se hizo entonces fue aplicar un programa que surgía del análisis de los problemas nacionales con una metodología

científica. La mayor parte de las propuestas de entonces siguen vigentes hoy.

—Dijimos entonces que Perón da a conocer el texto del pacto firmado por ambos y hasta admite haber “... denunciado a Frondizi por razones patrióticas”. ¿Cómo fue recibido por el gobierno de la UCRI ese anuncio? ¿Fue o no una transgresión a los términos del acuerdo el darlo a publicidad? ¿Cómo fue tomado por la cúpula militar de entonces el texto de un acuerdo que se había negado existiese?

Rogelio Frigerio. — El texto no fue difundido por Perón, sino por John William Cooke, que representaba lo que bien se definía entonces como “el gorilismo peronista”, que actuaba como el otro brazo de la pinza, con el gorilismo de la Revolución Libertadora que era supuestamente su contrario. Fue, sin dudas, una provocación política, no por el contenido del texto, en el cual no había un solo punto que no formara parte de nuestro programa difundido públicamente y expuesto en todas las tribunas; lo fue por el clima de escándalo con que se lo presentó y, sin dudas, favoreció al golpismo que conspiraba contra nosotros. Escándalo sólo admisible en el clima de intolerancia ideológica de entonces, puesto que nosotros reivindicamos como necesarios todos y cada uno de los puntos de los compromisos que asumimos: todos eran necesarios para el desarrollo y para la democracia. Iban mucho más allá del aspecto electoral.

—Frigerio, dice usted que no fue Perón quien da a conocer el texto del acuerdo, que fue John William Cooke; sin embargo Perón da una conferencia de prensa en Santo Domingo en la que avala la difusión de ese texto. Y, siendo

Cooke su delegado, es difícil pensar que haya actuado sin el consentimiento de Perón. ¿Favoreció Perón al "gorilismo peronista" o, decididamente, pasó a oponerse frontalmente al gobierno de la UCRI?

Rogelio Frigerio. — Creo que no tiene nada de sorprendente que Perón enfrentara tácticamente en más de una ocasión al gobierno de Frondizi. Ni coincidía con todo lo que hacíamos ni podía ser indiferente a las presiones que planteaban sectores de su movimiento. Hay que recordar que esos tiempos distaron de ser los de máxima fuerza política del general Perón. Sería un error además pensar que desde el exilio, en ese largo ciclo, todo lo "avalado" por Perón era incentivado por él mismo. Baste recordar como ejemplo claro y decisivo la concurrencia peronista a las elecciones de la provincia de Buenos Aires en 1962, con lo que evidentemente discrepaba.

—¿Se hacía difícil gobernar la Argentina con el general Perón exiliado y, sin embargo, pese a su ausencia del país, con tanta influencia sobre sectores tan grandes y tan decisivos de la República?

Rogelio Frigerio. — No fue Perón quien encabezó la agitación peronista contra nuestro gobierno, sino su segunda línea sindical y política. Esto se puso de manifiesto ya en la huelga revolucionaria, que no tuvo parangón en la historia del movimiento obrero argentino, dispuesta en enero de 1959, que respondía más a un entendimiento entre el sindicalismo y los golpistas que entre aquél y Perón. Este, sin duda, no estaba totalmente convencido de la profundidad de la política frentista y dejó hacer; pero por los contactos permanentes que yo mantuve con él, puedo asegurar

que era partidario de ir integrando un Frente Nacional y que dejaba los puentes tendidos para esa política.

AQUEL PAIS, ESTE PAIS: DESARROLLISMO
Y FUERZAS ARMADAS

—Frigerio, ¿qué país le tocó gobernar a la UCRI?

Rogelio Frigerio. — Durante la presidencia del doctor Frondizi hubo que actuar en un pozo de la crisis que afecta a la economía argentina desde las primeras décadas del siglo. Se habían agotado aquellos efectos de los alivios provenientes de los excedentes del intercambio, logrados durante la guerra, y los que provenían del proceso de sustitución de importaciones de la industria liviana. Asimismo, la política del gobierno militar surgido en 1955, había agudizado la crisis luego de ese descenso. Digo un pozo, porque el esfuerzo de inversión que realizó el gobierno desarrollista permitió "vivir de rentas" a gobiernos posteriores. Eso surge del hecho de que nosotros, en tres años, aumentamos la inversión en equipos en un 91,5 por ciento, mientras que el aumento en los diez años de la década del '70, fue del 38,6 por ciento. Cabe dejar allí la comparación porque, luego, la inversión no hizo sino descender. Ahora, la situación es mucho más crítica, pero insisto en la imagen de un pozo, porque tomamos el gobierno en el punto más bajo de una caída y lo dejamos con perspectivas de ascenso que, naturalmente, al no aplicarse una política de desarrollo, terminaron por agotarse.

Esa crítica situación profundizó las tensiones sociales y políticas. Fundamentalmente, incidió el temor de los grupos minoritarios a que el movimiento obrero, que había

logrado un papel protagónico durante el gobierno de Perón, recuperara posiciones; posiciones que hubiese retomado con más solidez de haberse impuesto nuestra política, ya que las hubiese recobrado en el marco de una sólida alianza de clases y sectores, con el respaldo de una política económica de desarrollo, sin las limitaciones del distribucionismo de la época de Perón. Esto es, con el respaldo de una política que creaba riqueza para distribuir y que eliminaba la dependencia del factor externo, siempre vigente en el pasado.

Ante ello, se echó leña al fuego de las pasiones y del odio. La antinomia peronismo-antiperonismo era la receta elegida por los grupos antinacionales para evitar el cambio. No les bastaba con la proscripción del peronismo y de sus símbolos, no les bastaba con la prohibición de cantar “la marchita”. En realidad, no era antipatía por el peronismo y por sus símbolos, era el intento de los sectores que mueven los hilos detrás del escenario, de utilizar esa antipatía, el antiperonismo, para cortar toda posibilidad de política nacional que, naturalmente, tenía que incluir a la clase obrera. Por eso calumniaban y desprestigiaban la política de reconciliación y de frente nacional que nosotros proponíamos. Había que enlodar un pacto limpio y legítimo como el que nosotros hicimos con el peronismo. Y había que excitar al anticomunismo acusándonos a nosotros de comunistas; lo cual no les impedía acusarnos al mismo tiempo, de servir al imperialismo yanqui.

—*¿Esas calumnias obligaban al doctor Frondizi a declarar, días antes de las elecciones, “No he sido ni seré nunca comunista (. . .) Todo nos separa del comunismo como ideología. . .”?*

Rogelio Frigerio. — Sí, solamente en ese clima de odio y de calumnia, impropio de un país democrático y políticamente civilizado, un candidato a presidente prestigioso como el doctor Frondizi tenía que hacer esa declaración, a pesar de la claridad de las propuestas y del programa que había ofrecido al país.

—*Pero también los militares lanzaban virulentas acusaciones de comunista contra el presidente, contra usted, contra otros funcionarios del gobierno mientras, en las calles, estudiantes, dirigentes y diputados del socialismo acusaban al presidente, a usted y a los mismos funcionarios acusados de comunistas, de “clericales” por imponer la enseñanza privada universitaria. Si no me equivoco se gritaba “Frondizi, Frigerio / al monasterio. . .” ¡Qué clima!, ¿no?*

Rogelio Frigerio. — Es que los poderosos intereses empeñados en mantener al país en el atraso desplegaban una intensa acción psicológica sobre militares y civiles. Y, entre éstos, los distintos sectores y corrientes de opinión. Los argumentos variaban según los destinatarios, pero el objetivo era el mismo. Estaban favorecidos tanto por el prejuicio anticomunista, como por el anacronismo ideológico de muchos sectores. El caso de la enseñanza libre es transparente. Nosotros la aplicamos porque era una necesidad del desarrollo nacional, y afrontamos la más enconada oposición. Hoy es una realidad que nadie discute y hasta parecen ridículas las consignas que se gritaban en las calles. Pero vastos sectores estaban dispuestos a vernos vestidos con sotana. En ese clima de irracionalidad, la ley de Asociaciones Profesionales merecía por parte de muchos que hoy no se atreverían a atacarla, el calificativo de

“fascista”. La política petrolera que nos liberaba de las importaciones que beneficiaban al cartel mundial del petróleo, era acusada de proimperialista. Y al mismo tiempo que, por eso, nos acusaban de vendidos al oro yanqui, por la política exterior independiente que aplicábamos éramos acusados de prosoviéticos. Nosotros teníamos un modelo de desarrollo distinto y opuesto al de Cuba, pero nos parecía fundamental que el caso Cuba no escapara de la órbita latinoamericana. Un acercamiento superficialmente similar, aunque sin otro fundamento que el oportunismo, formalmente practicaron Galtieri y Costa Méndez en 1982, pero en este caso los intereses antinacionales estaban “bien guardados” y nadie se molestó por la grotesca visita del canciller a La Habana. Ese absurdo de acusar a un tiempo de comunista y clerical, de proyanqui y prosoviético, sólo se explica cuando hay intereses muy poderosos afectados, y cuando en los núcleos dirigentes hay un atraso ideológico que permite hacerles el juego.

—Déjeme entonces referir la historia a hoy. Está pintado un panorama del país de 1958 en el que sobresalen, a mi juicio, cuatro aspectos fundamentales: una economía en crisis, una inflación altísima, una elevada deuda externa y unas Fuerzas Armadas —o una cúpula de esas Fuerzas Armadas— que, acaso por creer que así preservaban su integridad como institución y su espíritu de cuerpo, acaso por creer que así evitaban que se juzgara su acción de gobierno, acaso porque en verdad estaban confundidas por una acción psicológica, decidieron ser “continuistas”. Y además, se convirtieron en una especie de guardia pretoriana, guardia vigilante y fiscal del gobierno constitucional. Yo sé que no es cierto que la historia se repite, que los procesos son dinámicos, pero a veinticinco años de aquellos días, la Ar-

gentina enfrenta una economía en crisis, una inflación altísima, una terrible deuda externa y unas Fuerzas Armadas que parecen dispuestas a impedir que se investigue su acción de gobierno y más dispuestas aun a abandonar el poder sin que se les efectúen críticas (aunque personalmente pienso que, por primera vez en la historia argentina, éste es un gobierno militar que, además, desea retirarse aplaudido por la ciudadanía). Sé también que ustedes ponen especial énfasis en no englobar a todas las Fuerzas Armadas en una acción de gobierno o en un complot (se trate de las Fuerzas Armadas que complotaron contra el gobierno desarrollista o de las Fuerzas Armadas que nos gobiernan desde 1976); sin embargo, permítame unificarlas en lo conceptual para la pregunta que sigue: ¿qué argumentos pueden usar, qué pasos deben dar, qué garantías tienen. la Argentina y sus habitantes, qué puede hacer la ciudadanía para evitar que, nuevamente, las Fuerzas Armadas se arroguen el derecho de vigilar, cuestionar, controlar, presionar, acosar al próximo gobierno constitucional?

Rogelio Frigerio. —El hostigamiento a los gobiernos constitucionales no es patrimonio exclusivo de las Fuerzas Armadas. La experiencia desarrollista que estamos rememorando demuestra con elocuencia que el golpismo y la provocación no estaban localizados sólo en los cuarteles. Incluso se dirigían hacia allí fuertes instigaciones desde segmentos políticos que antes —y ahora— se autotitulan “democráticos”, reivindiquen o no el liberalismo. No eran miembros de las Fuerzas Armadas los que hacían punta de lanza con estentóreas acusaciones de presuntos negociados en la ejecución de la política petrolera, calumnias que por supuesto eran falsas, como quedó palmariamente probado; sino que esas imputaciones arteras se formulaban muchas ve-

ces con la intención deliberada de urticar a los militares. Y no eran tampoco integrantes de las Fuerzas Armadas quienes incitaban a los obreros a acciones que podían dar pretexto a una represión cruenta. Que lograran eco en las filas militares a pesar de ser maniobras de provocación, con frecuencia ostensiblemente, debe analizarse también críticamente; pero es sólo un aspecto del fenómeno. Como contrapartida, otras intervenciones militares se han realizado en un marco de expectativas de la comunidad, cuando no encontraban atención de sus requerimientos en la política imperante y se advertían síntomas de disolución social. Ninguna sociedad puede sobrevivir en el caos, aunque esté recubierto de formas democráticas, por más apego a las instituciones republicanas que tenga.

—¿Cuál es, entonces, su proposición respecto de las Fuerzas Armadas para proteger la estabilidad institucional?

Rogelio Frigerio. — El papel de las Fuerzas Armadas es un tema más profundo que el de su episódica interrupción del orden constitucional. Es del todo ilusorio buscar resguardos formales para impedir estas intervenciones; como son falaces porque ocultan el problema en vez de encararlo, las normas jurídicas o los compromisos partidarios para proscribir los golpes militares. La Constitución establece, en efecto, que el Presidente de la Nación es el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Pero es un engaño pretender que las instituciones democráticas se afianzarán con la mera reivindicación pomposa de este título, como hacen quienes soslayan la cuestión de las Fuerzas Armadas con declamaciones o con la admonición pública a los hombres de armas, frecuentemente acompañadas por oscuros compromisos de trastienda con las cúpulas militares.

A partir de reconocer que las Fuerzas Armadas son un elemento necesario en las comunidades modernas, como es universalmente admitido, el papel que les corresponde no puede aislarse del rumbo general de la sociedad. Su cometido como institución, ligado a la defensa de la soberanía, no es contradictorio sino congruente con el interés de los factores sociales fundamentales y de los restantes segmentos de la comunidad. Es por lo tanto primordial encontrar la articulación plena de esta coincidencia en torno de los postulados comunes y es evidente que la necesidad de esta confluencia debe ser asumida tanto por las propias Fuerzas Armadas como por el conjunto de la comunidad nacional. Para que no se erijan en fiscales distantes y eventuales jueces de la acción gubernamental, es preciso que sus integrantes no se envuelvan en esta figura, pero también es indispensable que no se pretenda dar por resuelto el problema con la pura frase de “mandarlos a los cuarteles”; inclusive para que las instituciones militares se cifien a su cometido profesional debe imperar un acuerdo político de fondo.

El aislamiento y la hostilización hacia las Fuerzas Armadas es todo lo contrario a una garantía de estabilidad constitucional. Habrá resguardo efectivo de las instituciones democráticas si hay respuestas eficaces a los problemas económicos y sociales, si se revierten la crisis y el subdesarrollo que menoscaban a la Nación y si las Fuerzas Armadas no están ausentes de esta política sino plenamente compenetradas con ella, hasta como piedra de toque del cumplimiento de su misión específica. La defensa de la soberanía va más allá de la custodia de las fronteras, que será además lábil en un cuadro general de debilidad, pues se asienta en última instancia en la fortaleza global del país. Y la satisfacción de las aspiraciones populares, la

solidez del mercado interno, son también puntos de apoyo para el desempeño militar. Es objetivo del compromiso de las Fuerzas Armadas con la superación de los problemas nacionales y es objetivamente necesaria su presencia en el Frente Nacional, que es la herramienta indispensable para darles solución. La tarea política es, por supuesto, articular este Frente en torno de un programa concreto y eficaz para lograrlo. De lo contrario, la turbulencia social y política, la prolongación del deterioro nacional, alimentarán la distorsión de las funciones de las Fuerzas Armadas, carcomerán la estabilidad de la democracia y serán desde luego obstáculo insalvable para afirmar la soberanía.

LAS PRIMERAS PROVOCACIONES Y LA RENUNCIA DEL VICEPRESIDENTE GOMEZ

--Doctor Frondizi, a casi un mes de asumir la presidencia, el almirante Rial somete a su juicio el discurso a pronunciar en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas. Usted lo rechaza y ordena la detención del marino. La cena de camaradería se cancela. ¿Se cancela por ese discurso o, como dice el historiador Alain Rouquié, porque la Aeronáutica decide no asistir debido a que el Estado había comprado un portaaviones para la Armada Nacional?

Arturo Frondizi. —Esa es una anécdota que ilustra el grado de incompreensión que había entonces y que se manifestaba poniendo obstáculos en el camino del gobierno para impedirle realizar sus objetivos. Es verdad que rechacé, en mi carácter de presidente de la Nación, ese discurso que iba a pronunciarse y que no contribuiría a la pacificación y

a la claridad necesarias. Pudo ocurrir además, no lo recuerdo, que se sumaran las actitudes parciales que usted señala. En todo caso, por absurdo que hoy parezca, esos hechos ocurrían entonces uno tras otro.

--Se lo preguntaba porque, de ser cierta la hipótesis de Rouquié, me parece que las relaciones interfuerzas se movían entonces en un marco de cierto infantilismo.

Arturo Frondizi. —Mire, no creo que fuese tan infantil en la medida en que encubrían una conspiración localizada más allá de las instituciones armadas, que se servía de las pasiones desatadas en ellas, en particular en sus cúpulas.

--El del almirante Rial, ¿fue el primer intento de complotar contra su gobierno?

Arturo Frondizi. —No lo fue. La conspiración contra mi gobierno empezó antes de la entrega formal del poder y en ella participaron no sólo miembros de las Fuerzas Armadas. Más bien éstas eran los instrumentos de otros intereses. Recientemente recordé en un reportaje que, años después de mi derrocamiento, sus ejecutores materiales declararon no saber por qué lo habían hecho, lo que a mi juicio prueba que fueron utilizados, y que contribuyó a ello la obcecación ideológica de entonces. Como usted se imagina, viví aquellos días bajo una gran tensión y debía duplicar el esfuerzo necesario para hacer frente a las obligaciones del gobierno (lo que de por sí, suponía un trabajo gigantesco, ya que nos habíamos propuesto modificar las condiciones estructurales que nos mantenían atados al subdesarrollo) además de los problemas que surgían de la agitación y la intriga fomentada por enemigos de la Nación.

—Doctor, me gustaría tratar ahora el episodio desencadenado por el vicepresidente, Alejandro Gómez, sobre finales de 1958: la denuncia de un complot militar contra el gobierno de la UCRI y su posterior renuncia al cargo de vicepresidente. Este es otro episodio que aún, a casi veinticinco años, permanece también oscuro. Por un lado, se dice que Gómez, acaso víctima de su ingenuidad, fue utilizado para que, a través de la denuncia del famoso complot, se desalojara al gobierno de la UCRI y se formara un gobierno de coalición. Por otro lado, se dice que el complot denunciado por Gómez realmente existía. El hecho es que Gómez renuncia después de haber padecido —dice— “enormes sufrimientos morales”. Lo cierto es que el vicepresidente Gómez fue expulsado de la UCRI, expulsado del bloque de senadores, casi linchado en su propio despacho del Congreso Nacional. ¿Puede hoy saberse qué pasó en aquellos días?

Arturo Frondizi. —Yo no juzgo las intenciones de Gómez. Lo que resultó evidente fue que el proyecto era utilizarlo para aplicar la política exactamente contraria a la que, desde el gobierno, se estaba llevando a cabo. En esos días hubo una reunión en una quinta de Del Viso, a la que asistieron diversos dirigentes políticos opositores. En esa reunión se dijo: “Gómez es manejable”. Creo que la frase resume las intenciones que se alimentaban respecto del entonces vicepresidente; con él se conseguiría lo que no se lograba con el presidente: que renunciara a llevar adelante su programa.

—¿Podía ser “manejable” su compañero de fórmula? ¿Pudo haberse convencido tan fácilmente de la necesidad de un nuevo gobierno? ¿Perseguía otras intenciones? ¿Se

veía presidente del nuevo gobierno de coalición? ¿O, por el contrario, lo guiaban solamente las intenciones de evitarle daños al gobierno? Se lo pregunto porque, una vez presentada la renuncia, el intercambio de cartas entre usted y el vicepresidente parece el de dos buenos amigos cuando, en realidad, sus relaciones personales no rozan siquiera la amistad. Y en especial, se lo pregunto a usted ante la negativa del ex vicepresidente a hablar de aquellos episodios.

Arturo Frondizi. —Quiero responderle marginando de mis reflexiones toda consideración de orden personal. Es decir, no abro juicio, como le dije, sobre el sentimiento íntimo de Gómez y sobre cuáles eran, en definitiva, sus intenciones. El provenía del radicalismo, como yo, pero no había comprendido el carácter nuevo y revolucionario del gobierno iniciado en 1958. Su programa le era totalmente ajeno. No coincidía con su manera de razonar ni con sus aspiraciones para el país. La discrepancia abarcaba, en consecuencia, toda la concepción del gobierno. No se limitaba a tal o cual aspecto, sino a la esencia de la política. No adhería a la concepción frentista que llevábamos adelante y que todavía hoy encierra la clave de la solución política de los problemas argentinos. En una oportunidad le confió a algunos correligionarios que lo apesadumbraba la convocatoria realizada desde la Presidencia a todas las fuerzas de signo nacional, para participar del proceso de transformación. “Veo en el gabinete caras que no son radicales...”, afirmaba. Y con eso expresaba su concepción de gobierno, poniendo así en evidencia cuán cerca está del sectarismo toda concepción estrecha de la política. A pesar de ello, su renuncia no la determinó esa forma de ser, sino el intento golpista que pretendía utilizarlo como instrumento contra el gobierno del que él mismo formaba parte.

—¿Cómo afectó a su gobierno ese episodio? ¿Lo afectó mucho? ¿Lo afectó poco? ¿Acrecentó o no la particular "fobia" que ciertos sectores de las Fuerzas Armadas sentían hacia su gobierno?

Arturo Frondizi. —No creo que ese hecho en particular provocara las reacciones que usted dice. Fue uno de los tantos problemas que debimos afrontar para derrotar a quienes querían, a cualquier costo y por cualquier medio, interrumpir la tarea que nos habíamos propuesto realizar. La tenacidad de los sectores defensores del statu quo, encontraba frente nuestra propia tenacidad: la del equipo que analizaba e instrumentaba la política a aplicar, teniendo como dirección de marcha, la política de desarrollo anunciada. No en vano los primeros intentos de obstaculizar la marcha del gobierno se dirigieron contra Rogelio Frigerio que, al margen de su cargo de secretario de Relaciones Económicas y Sociales, era el responsable de esa esfera decisiva del gobierno. Creo que —pese a que, finalmente, no les quedó a nuestros enemigos otro recurso para detenernos que recurrir a la quiebra del orden constitucional— pudimos realizar una obra muy valiosa. Por supuesto, estamos muy orgullosos por ello. Pero, además, nos comprometimos a seguir trabajando por el país. Nosotros triunfamos sobre la inflación en medio de un formidable esfuerzo de expansión que empezó por las industrias básicas, en las cuales logramos resultados espectaculares en algunos rubros y muy significativos en otros. Hoy, que el país está de rodillas por efectos de una política que ha destruido segmentos enteros del aparato productivo y, no obstante, tiene la inflación más alta del mundo, es indispensable producir un gran sinceramiento y aplicar una política diametralmente opuesta. Creo que el sentido fecundo de una indaga-

ción histórica tan detallada como la que usted está haciendo, es que permite sacar conclusiones útiles para aplicar hoy. Por eso creo que puede ser útil repasar todos estos temas.

CONTRATOS PETROLEROS: DE LA IMPORTACION AL AUTOABASTECIMIENTO

—El tema de los contratos petroleros sigue siendo uno de los ejes de la ya extensa polémica sobre la gestión de gobierno del doctor Frondizi. Quienes elogian aquella gestión dicen que, al lograr el país su autoabastecimiento petrolero se logró, en tres años, lo que no se había conseguido en cincuenta. La otra parte acusa al gobierno de Frondizi de "entreguista", de vender a los monopolios extranjeros la riqueza del subsuelo argentino. Muchos jóvenes de entonces terminaron por apartarse de la UCRI por entender que los contratos petroleros firmados por Frondizi contradecían lo expresado por él mismo en *Petróleo y política*, un libro que había encendido sus entusiasmos juveniles antes de las elecciones de 1958: son esos jóvenes quienes discubren también que Frondizi llega al gobierno dispuesto a modificar lo expuesto en *Petróleo y política* y se sienten traicionados y acusan a Frondizi de traicionarlos. Por último, hay también una acusación lanzada por el almirante Isaac Rojas a los funcionarios de entonces. En el curso de la investigación hecha para la nota sobre el derrocamiento de Frondizi publicada en *La Semana*, Rojas expresa: "Otra causa del descreimiento popular, y por tanto de la Armada, en la palabra presidencial, fue el insólito y premeditado

cambio de política petrolífera en la que el candidato Frondizi había basado el proclamado estatismo férreo manifestado en su obra Petróleo y política para reemplazarlo por el sistema de contrato de servicios, el que, por otra parte, tampoco alcanzó la eficiencia del sistema de contrato por riesgo. Además, el sistema de contratos de servicio dio lugar a una serie de negociados y de corrupciones en escala gigantesca (el famoso 10 por ciento por abajo de la mesa para los negociadores representantes del gobierno del doctor Frondizi)”.

Bien, a 25 años de la firma de aquellos contratos, ¿cuánto hay de cierto en todo lo expuesto? ¿En qué benefició y en qué perjudicó al país la firma de aquellos contratos? ¿Hubo entrega del subsuelo argentino a los monopolios extranjeros?

Rogelio Frigerio. — En primer lugar, lo cierto e incontrovertible es el hecho que logramos el autoabastecimiento petrolero con una velocidad inédita, ciertamente en la Argentina y supongo que en el mundo, por el ritmo de expansión productiva. La importación de combustibles era entonces una enorme hipoteca sobre la economía argentina, pues el país estaba sometido a comprar en el exterior entre el 60 y el 70 por ciento de su consumo, lo que significaba una gabela del orden de los 300 millones de dólares anuales, que es una colosal cifra hoy mismo y que lo era mucho más en los años '50, por la depreciación que ha sufrido la divisa. Era un despropósito atroz soportar ese costo cuando los argentinos estábamos parados sobre yacimientos capaces de eliminar por completo esas importaciones, como nuestra política demostró con insólita rapidez.

A ese beneficio inmediato que obtuvo el país desde el punto de vista del comercio externo y la balanza de pagos,

se debe sumar la ventaja decisiva de que el autoabastecimiento se conquistó con trabajo y salarios para obreros argentinos, con ganancias para las empresas nacionales ligadas a la explotación petrolera, con el poblamiento de zonas y regiones inhóspitas, antes virtualmente desiertas. Y con el aflujo de equipos productivos y de capitales de los que carecíamos y que vinieron a radicarse en el país. Ventajas de la mayor relevancia, a las que debe añadirse el saneamiento financiero de YPF, que además pudo multiplicar su propia producción. Las empresas extranjeras participantes en los contratos recobraron parcialmente sus inversiones: hicieron en cambio un pingüe negocio cuando el gobierno radical anuló esas contrataciones, pues se les debió compensar innecesariamente por inversiones sujetas al riesgo minero; indemnizaciones que se están pagando todavía. Así se benefició el país, sus obreros y sus empresarios, y la comunidad nacional avanzó sobre regiones casi extrañadas del dominio efectivo del país (Tierra del Fuego, por ejemplo, multiplicó por ciento su presupuesto a partir de las explotaciones petroleras en esa época); pero también hay que identificar a quienes perdieron con esa política, para tener el cuadro completo, lo que dará más de una pista sobre quiénes conspiraban contra nuestro gobierno y quiénes ganaron con la anulación de los contratos petroleros por los radicales. El cartel de corporaciones petroleras que obtenía, en los países árabes, rendimientos por pozo cien o doscientas veces superiores a los niveles de extracción nacionales (pagando regalías insólitamente baratas, como se vería con el boom petrolero de los años '70); el mismo cartel que trasladaba el crudo a los puntos de destino, como la Argentina, en flotas propias, cubiertos por sus propios seguros: estas corporaciones perdieron un negocio de 200 millones de dólares anuales y los operadores vieron caer

también las comisiones que se reconocen habitualmente en ese comercio, mientras que esto no ocurre con las inversiones ni en las actividades productivas.

Contra esas realidades, contra la evidencia concreta de cómo se dio fin a la dependencia externa en materia petrolera, se estrellan todas aquellas acusaciones de "entrega" que usted rememora. Y por supuesto no había nada lesivo para el país en los contratos que realizamos, ni se enajenaban los yacimientos nacionales. Todo lo contrario: por el petróleo extraído en el país se pagaban en todos los casos precios largamente inferiores a los que costaba la importación. Dejo de lado las denuncias de supuestos delitos cometidos en las negociaciones, porque la historia ha sido drástica en la demostración de que fue una burda injuria sin absolutamente ningún fundamento. Jamás fuimos citados por juez alguno en torno de esta cuestión, a pesar de todos los intentos que se hicieron para sustanciar una causa. Propósitos que fueron encabezados por el gobierno radical, que debía justificar su inopinada anulación de esos contratos, anulación que causó al país un daño aún no reparado. Afrontamos personalmente una investigación parlamentaria que nosotros provocamos para tener un ámbito donde replicar puntual y orgánicamente la perversa campaña orquestada en contra nuestro. Allí pasamos enseguida de acusados a acusadores, en medio de una ofensiva de descrédito de difícil comparación. Las falsas imputaciones que nos hicieron se difundían profusamente, mientras que se omitía hasta la divulgación de nuestro testimonio. No se buscaba, por cierto, el esclarecimiento de la verdad, sino el escándalo político y el agravio personal. Los "demócratas" radicales, junto con sus acompañantes en el embate, no repararon en procedimientos para lograrlo. Nunca me fue dada oportunidad de respuesta, a pesar de que inclusive me diri-

gi al presidente Arturo Illia pidiendo espacio así fuese mínimo para replicar a las acusaciones en los medios oficiales de comunicación que, como las radios y la televisión del Estado, eran utilizados intensamente para la calumnia y la difamación. Algo peor: todas esas injurias —muchas de la más baja calaña— eran empleadas para encubrir lo más grave, la pérdida del autoabastecimiento petrolero, patentizada en el hecho de que ya en 1963 se importaba un 20 por ciento del consumo nacional de combustibles.

AQUEL PAIS, ESTE PAIS:
DESARROLLISMO Y PETROLEO

—Un eventual gobierno del MID, ¿firmaría nuevos contratos petroleros?

Rogelio Frigerio. —Sí, por supuesto. Reivindicamos hoy, como es obvio, aquella exitosa política. Y bregamos por volver a aplicarla en beneficio del país, naturalmente que ajustada a las circunstancias actuales, mucho más propicias que las que tuvimos que remontar en nuestra experiencia. En primer término, por el avance político que ha logrado nuestra concepción. La victoria absoluta que logramos en el debate sobre aquellos contratos petroleros y en la discusión acerca de la participación de los capitales extranjeros en el desarrollo nacional está ya capitalizada a favor del país, a pesar de la resistencia de muchos dirigentes políticos a aceptarla. Que haya radicales todavía encañados en esa óptica de comité que posterga los intereses nacionales, en aras del palabrerío en las tribunas partidarias; que haya aún peronistas entregados al antiimperialismo verbal e inclinados al estatismo, contradictorio con las ne-

cesidades verdaderas del país; que los liberales hayan coincidido de hecho con la política de obturar los pozos petroleros en el país, favoreciendo la importación; nada de esto oculta que hay en la Argentina un abrumador consenso acerca del éxito y la factibilidad de nuestra política.

Más aún, las presentes condiciones hacen que aquella estrategia probada en 1958 deba aplicarse con toda urgencia. La importación sigue gravitando en nuestro balance externo, a pesar de que la magnitud y la prolongación del receso económico han restringido severamente las necesidades de combustibles, que serían mucho mayores en un contexto de reactivación y de desarrollo. Y el encarecimiento mundial del petróleo hace al mismo tiempo más evidente este desmedro y más accesible económicamente la explotación de nuestros recursos. A la vez, el descubrimiento de enormes reservas de gas —equivalentes hasta ahora a 60 ó 70 años en la curva de consumo actual— permite trazar un plan muy pujante de utilización de este combustible e incluso industrial privilegiado. A punto tal hay en este campo una potencialidad extrema, que hoy estamos venteando en los pozos una cuarta parte de nuestro volumen de consumo por falta de infraestructura para trasladar y utilizar ese gas. Y no se trata únicamente de su empleo como combustible, sino de su uso como factor básico de una poderosa petroquímica, quizá la más dinámica de las industrias de nuestro tiempo, que cubre una gama de productos que va desde los fertilizantes hasta toda la variedad de plásticos. En la Argentina sufrimos el escarnio de que, mientras hay pozos de petróleo que se tapan para no dejar escapar más gas del que ya se quema estérilmente, en nuestro campo se utiliza un kilo de fertilizante por hectárea frente a los 100 ó 120 kilos que se aplican en el agro de los países industrializados, fertilizantes que se producen precisamente a partir

de ese gas que desperdiciamos. Le devuelvo entonces la pregunta: ¿cómo no vamos a postular esa política probadamente eficaz para potenciar estos recursos, que se pondrían a disposición de la comunidad nacional a poco que comenzara un serio proceso de inversión?

—*¿Es verdad, no obstante, que Frondizi traicionó lo expuesto en su libro?*

Arturo Frondizi. —Desde siempre sostuve la necesidad de lograr el autoabastecimiento petrolero. Y nunca abandoné la cuestión. Fue también un tema de largas discusiones de trabajo desde que conocí a Frigerio allá por 1956. Y di pública explicación de mi cambio de criterio, en cuanto a la forma de obtener ese objetivo del autoabastecimiento, desde mis proposiciones de *Petróleo y política* hasta la estrategia concreta que llevamos a cabo en el gobierno. Expuse esta concepción en el curso de la campaña electoral y muy puntualmente en el discurso inaugural del 10 de mayo de 1958. Como he dicho muchas veces, preferí deponer mi eventual prestigio de escritor a favor de una política que respondía al interés nacional. El éxito absoluto que obtuvimos con el autoabastecimiento petrolero me releva de toda prueba acerca de lo correcto de mi determinación. Pero al hacer pública la revisión de mis opiniones ofrecí también a la comunidad la posibilidad de analizar mi reflexión, favoreciendo el pleno esclarecimiento del problema. Quedan en la pura contradicción, en cambio, los frecuentes giros inexplicados de muchos dirigentes políticos que acomodan y reacomodan sus formulaciones según lo que sus equipos publicitarios suponen más “vendedor”.

CAPITULO II

LA CUESTION DEL PROGRAMA DE GOBIERNO

—Frigerio, estamos ya en el año 1959, el año de la ruptura del gobierno de la UCRI con el peronismo, el año de los planteos y de los intentos de golpe de Estado militares. Uno de los argumentos utilizados por quienes rompieron con Frondizi y con su gobierno dice que el programa original de gobierno de la UCRI fue modificado una vez Frondizi en el poder. Si en verdad fue así, ¿cuándo sucedió y por qué?

Rogelio Frigerio. —El error y la imprecisión que todavía rodean a esta cuestión, provienen de creer que nuestro movimiento es una rama del “viejo tronco” radical. Nuestro partido se formó, sí, con una vertiente de origen radical de la que formaba parte el doctor Frondizi, su líder más eminente. Pero a la vez lo integraron hombres de otras corrientes, agrupados en torno de la revista *Qué*, que auspiciaba el Frente Nacional. Algunos provenían de núcleos independientes, otros del peronismo, del socialismo, del conservadorismo, del nacionalismo y también, en cantidad cada vez mayor, de hombres que acceden directamente al desarrollismo. Así el desarrollismo surgió de distintas vertientes, pero es un producto político distinto de todos y cada uno de los componentes que concurrieron a formarlo. Por eso es que las propuestas de “panradicalismo” que, de tanto en tanto suelen hacerse, no pueden incluirnos a nosotros.

Estrictamente el programa de la UCRI, como partido separado y distinto del radicalismo, no se modificó. Ese programa, según una resolución adoptada entonces por el máximo organismo partidario, estaba constituido por los veinte discursos fundamentales que Frondizi pronunció como candidato a presidente. Y ése es el programa que nosotros aplicamos puntualmente en el gobierno.

Ahora bien, pese a que esa resolución lo había descartado de hecho, subsistía formalmente el programa radical sancionado en la convención de Avellaneda, denominado “programa de Avellaneda”. La modificación formal nosotros la concretamos en una convención que se reunió en Chascomús en 1959.

La modificación del programa surgió porque nos encontramos con que los problemas del país no podían resolverse con las fórmulas ideológicas del pasado; no sólo las del radicalismo sino las de, prácticamente, todas las corrientes que actuaban entonces. Abordamos con un criterio totalmente nuevo temas como los del papel del Estado, del capital extranjero, de la cuestión agraria, de la enseñanza, de la política internacional del país. Un cambio debe siempre afrontar el choque con los intereses que lesiona y, también, con la rutina intelectual. Así fue como muchos hombres y compañeros de lucha que se ubicaron en nuestra misma trinchera no terminaban de asimilar las nuevas ideas. Como usted puede imaginarse, el proceso de elaboración de una nueva concepción política no es lineal; hubo desencuentros y defecciones hasta que finalmente el desarrollismo logró la singular homogeneidad doctrinaria que hoy posee.

—Le pregunto lo del supuesto apartarse del “programa nacional y popular” y lo de la modificación del original plan de gobierno de la UCRI porque, para tocar solamente algunas cifras muy generales, los datos dicen que entre 1958 y 1961 la producción por habitante aumentó más de un 4 por ciento; en tres años la producción de petróleo aumentó el 150 por ciento y el país exportaba petróleo a sus vecinos; el consumo de acero había saltado, de 94 kilos en 1958, a 115 kilos en 1959; la red vial había crecido en 10.000 kilómetros y la producción industrial había aumentado en un 10 por ciento. Sin embargo, en lo que podía preocupar más al argentino medio de entonces, la inflación había crecido el 113,69 por ciento sólo en 1959 y el consumo de carne por habitante había bajado a menos de 70 kilos, cuando el año anterior era de 90 kilos; diez millones de jornadas de trabajo se habían perdido en las huelgas de las que habían participado 1,4 millones de trabajadores a lo largo de ese agitado 1959, año en que el peronismo pasó a ser un factor golpista más. ¿Tenían razón los peronistas al sentirse “defraudados” por Frondizi? ¿Realmente había habido una desviación del plan de gobierno original que la UCRI había planteado?

Rogelio Frigerio. —Antes de pasar al tema de la inflación y responder a sus interrogantes, me parece que puede interesarle una ampliación de los datos expuestos por usted.

No sólo importa el dato del crecimiento del producto que luego del receso de 1959, obligados por los ajustes que debimos practicar ante la herencia recibida, fue ver-

daderamente significativo, al punto que fue del 8 por ciento en 1960 y del 7,1 en 1961; no sólo importa el dato del crecimiento, le decía, sino que importa señalar su composición. La economía no creció porque tuvimos buenas cosechas, sino que creció en base a un espectacular y todavía inigualado esfuerzo de inversión que preparaba al país para un crecimiento enorme en los años siguientes.

Por eso decimos que nuestro esfuerzo inversor hizo vivir de renta a gobiernos posteriores que no practicaron una política de ese dinamismo. En moneda constante (pesos de 1960), la inversión en equipo durable de producción evolucionó de la siguiente manera: en 1958 fue de 789 millones; en 1959 de 653 millones; en 1960 de 1.206 millones y en 1961 de 1.511 millones. Es decir, en tres años la inversión reproductiva, la más dinámica y de efectos a más largo plazo, superaba en un 95,1 por ciento el punto de partida. Le aclaro, a modo de comparación, que en toda la década que abarca los años 1971-1980, el aumento sólo fue del 38,6 por ciento.

Nuestra política aportó inversiones nacionales y extranjeras —ingresos genuinos de capital y no ingresos meramente financieros y especulativos como los de los últimos años— en sectores como la siderurgia, la petroquímica, la metalurgia, la industria automotriz, entre otros. Y logró, mediante las inversiones obtenidas por la política de los contratos, un aumento del 138 por ciento de la producción de petróleo en sólo tres años. Se triplicó la producción de acero, iniciándose a escala significativa la producción siderúrgica. La petroquímica también se creó, prácticamente, durante nuestro gobierno: hubo inversiones de 140 millones de dólares a valor corriente. Y la producción de caucho sintético se quintuplicó. También

puede decirse que la industria automotriz se fundó durante el gobierno desarrollista; se llegó a una producción de 137 mil unidades que implicó empleo para 150 mil obreros y dejamos de importar, en 1961, con un ahorro de divisas de 250 millones de dólares anuales. En materia de electricidad, una vez resueltos viejos y difíciles pleitos, se realizó una activa política de inversión; el aumento de la capacidad de producción y de la demanda industrial hizo que el consumo eléctrico creciera en 1961 en un 17 por ciento, es decir, el doble de las tasas actuales. Se trazó un ambicioso plan caminero que, aun cuando quedó inconcluso, dejó 10.000 kilómetros de nuevos caminos pavimentados. El sector agrario tuvo uno de los pocos períodos de avance neto en las últimas décadas; en 1961 se vendieron 20.000 tractores, mientras que en 1981 la venta apenas superó las 1.000 unidades; hubo excedentes en todos los rubros y se repusieron existencias: el rodeo vacuno aumentó en 2 millones de cabezas.

La inflación es un tema en el cual el gobierno desarrollista aparece como una excepción, ya que la atacó frontalmente y en su causa. En la primera fase de nuestra política, el índice de precios creció; pero no era una inflación generada por nosotros, sino la inflación preexistente que estaba encubierta y que nosotros descubrimos para encararla y resolverla. Estaba encubierta por todo tipo de controles de precios, por tarifas políticas, por controles de cambio, por el atraso salarial.

Nuestra política se orientaba a atacarla en su causa: en el déficit fiscal y en el subdesarrollo, en la inmovilización del aparato productivo.

Para eso había que restablecer el proceso de inversión, lo que requería un sinceramiento de precios y salarios. Nosotros lo practicamos sin vacilaciones. Ese sinceramiento

tenía que reflejarse en el índice de precios, que experimentó un aumento del 113 por ciento en 1959. No obstante, pese a esa tasa anual, en ese mismo año, el siguiente a la asunción del cargo por el doctor Frondizi, la inflación ya fue vencida. Lo prueba la tasa mensual promedio de los cuatro trimestres de ese año 1959: en el primero fue del 11,6 por ciento mensual; en el segundo fue del 9 por ciento; en el tercero del 2,9 por ciento y en el cuarto del 1,9 por ciento. Al año siguiente, 1960, la tasa anual fue del 27,1 por ciento y en 1961 se redujo al 13,7 por ciento: una de las más bajas que se han registrado en más de dos décadas.

Naturalmente, ello ocurrió con un esfuerzo de reducción del gasto público que no tiene parangón con ningún otro gobierno. En 1962, cuando fue derrocado el gobierno desarrollista, se había reducido el plantel de agentes estatales en más de 250.000 personas, en condiciones de pleno empleo. Había oportunidades para trabajar en el sector privado, haciendo compatible el interés de progresar de los agentes que dejaban la administración con el interés nacional. El déficit presupuestario que había sido equivalente al 7,7 por ciento del producto bruto interno en 1959, bajó al 1,7 por ciento en 1961. Como le dije, fue una política que no admite comparación y que permitió hacer compatible el mejoramiento del nivel de vida con la inversión, el control de la inflación y la creación de posibilidades para el desarrollo integral del país, que frustró el golpe de Estado.

De la explicación sobre la inflación surge una respuesta a los interrogantes planteados, ya que el esfuerzo inicial se vio rápidamente compensado. La actitud de los dirigentes sindicales no respondía a los intereses de la clase obrera, sino a sus propios intereses políticos personales

y, sin dudas, a una coordinación con el golpismo. Se sirvieron, para una política antiobrera, de los propios obreros, y esto explica las jornadas de trabajo perdidas por huelga, que no impidieron el impetuoso crecimiento de la producción que nosotros impulsamos. No hubo desviación de parte nuestra, sino de los dirigentes que no actuaron en base a los principios, sino en base a la especulación de que nuestro gobierno caía y convenía estar bien con los golpistas. Tanto entusiasmo por las huelgas frente a un gobierno que hacía una política de pleno empleo y elevación del nivel de vida, de respeto por los derechos sindicales, contrasta con el quietismo que los dirigentes evidenciaron luego con gobiernos que les quitaron esas conquistas.

De todos modos, como nosotros sí practicamos una política de principios, pese a esas provocaciones seguimos con la aplicación de nuestro programa, que incluyó la devolución de la CGT y los sindicatos y la sanción de la ley de Asociaciones Profesionales. Ni los obreros ni los dirigentes peronistas podían sentirse defraudados con esa política que planteaba el desarrollo nacional sobre una amplia base social.

DIRIGENTES SINDICALES QUE CONFUNDEN EL VERDADERO ENEMIGO

—*Esa ruptura con el peronismo, ¿contribuyó al deterioro de su gobierno?*

Arturo Frondizi. —Fue, sin duda, un factor concurrente, puesto que quebró la unidad de las fuerzas populares que había que oponer a la embestida de los sectores que estaban jugando el todo por el todo antes de que la política

de desarrollo los desplazara. Un sector de la dirigencia peronista, fundamentalmente sindical, confundió los objetivos del movimiento obrero y creyó que debía atacar al gobierno. Es decir, no supo discernir cuál era su verdadero enemigo, aun cuando había datos muy elocuentes para comprenderlo. ¿Quiénes eran sus verdaderos enemigos? ¿Los que le habían quitado la conducción de la CGT, eliminado la negociación salarial mediante convenios colectivos de trabajo, desmembrado los sindicatos y proscrito a sus dirigentes? ¿O éramos nosotros, que dictamos la ley de Asociaciones Profesionales, restablecimos las negociaciones paritarias y devolvimos la conducción gremial a quienes eran legítimos representantes de los trabajadores? Coincidirá usted, vistos estos hechos a la distancia, en que se cometió un grave error entonces. No se advirtió que quienes querían eliminar toda expresión popular genuina, no estaban en el gobierno, sino replegados en las sombras y moviendo los hilos de la agitación y de la conspiración. Con una mano movían a los sindicatos a las huelgas y con la otra creaban intrigas en las que enredaban a algunos sectores militares. Y a la clase media se la confundía con la más feroz propaganda confusionista que se haya practicado en el país en toda su historia.

Por otra parte, se ha repetido mucho que el gobierno se deterioraba y es verdad que su poder se veía crecientemente limitado. Pero lo que no puede decirse es que la adhesión popular a nuestra política decayera o desapareciera, como pretenden algunos presuntos historiadores de esa etapa de nuestra historia reciente. Y la prueba puede registrarse en la adhesión electoral que el gobierno recibía y que, incluso, se fue acrecentando aun en las circunstancias más adversas, presentándose el peronismo como opositor. Es que sectores cada vez más amplios del pueblo fueron com-

prendiendo hacia dónde apuntaba nuestra política, a pesar de todo lo que se decía desde los medios de difusión. ¿Cómo se explica, de lo contrario, el gran consenso que tiene nuestra gestión desarrollista entre los argentinos, adhieran o no a nuestro partido?

ALSOGARAY MINISTRO: RECURSO CONTRA EL GOLPISMO

—En uno de los reportajes hechos durante la investigación de la nota publicada sobre el derrocamiento del doctor Frondizi, uno de los miembros del que fuera su gabinete me decía que “. . . el presidente Frondizi se vio obligado, muchas veces, a cambiar medidas por ministros. Todo por culpa de la presión militar.” Y aquí llegamos a un tema polémico que se reactualizó hace muy poco: el nombramiento del ingeniero Alvaro Alsogaray. Alsogaray fue nombrado el 25 de junio de 1959, a un año y casi dos meses de asumido el gobierno de la UCRI. ¿Fue ese nombramiento producto de la presión militar? ¿Se acercaba el ingeniero Alsogaray a los lineamientos económicos que en principio había planteado el gobierno de la UCRI?

Rogelio Frigerio. — Ni el doctor Frondizi ni quienes lo acompañábamos, estábamos para cuidar las posiciones, sino para luchar por los objetivos nacionales. En ese sentido, el gobierno no era un fin en sí, sino la posibilidad de ejecutar una política; en razón de ello estábamos dispuestos a hacer concesiones formales y en los cargos, pero no ceder en la línea política fundamental, en los principios. Así fue como la designación de un hombre como Also-

garay, por citar el caso más extremo, no significó modificar la política. El se comprometió a continuar con nuestro programa y cuando pudo, trató de poner piedras en el camino, hasta que las condiciones militares que habían determinado su designación nos permitieron hacerlo salir del gabinete. La lucha llegaba a tal extremo que yo, que trabajaba codo con codo con el presidente, tuve que asumir un rol opositor y publiqué un folleto titulado *El país de nuevo en la encrucijada* para cuestionar el incumplimiento del compromiso por parte de Alsogaray.

Lo concreto es que hubo cinco ministros, pero una misma política económica, que no se cambió en ningún momento y que determinó la salida no muy elegante del gabinete de quien intentó hacerlo. Cinco ministros y una sola política económica que elaborábamos en la intimidad con el doctor Frondizi y que él hacía ejecutar por sus ministros.

Arturo Frondizi. — El nombramiento de Alsogaray en el Ministerio de Economía fue una iniciativa tendiente a parar el golpe gorila. Por entonces, Alsogaray tenía cierta credibilidad en sectores de la clase media y de las Fuerzas Armadas, es decir que no había agotado la posibilidad de ser aceptado por esos sectores. Su designación tuvo pues una estricta razón política, no económica. Por otra parte, hablando de materia económica específicamente, el ingeniero Alsogaray se comprometió a aplicar la política desarrollista, al punto que dijo que venía a tomar la posta que dejaba Frigerio y que él continuaría con la misma orientación. Los impulsos fundamentales del desarrollo ya estaban lanzados. Se trataba entonces de mantener el programa económico asegurando su cumplimiento. Y él asumió el compromiso formal de hacerlo. Con este paso político, del cual no me arre-

piento, logramos seguir adelante y diluir en esa instancia la conspiración golpista. Cuando fue evidente que el ministro no cumpliría su palabra y que se proponía obstaculizar la marcha del proceso de desarrollo; fue necesario hacerlo abandonar el gabinete. Y lo hice con la misma decisión con que lo había convocado. Es decir, en cuanto no cumplió con las razones políticas que habían asegurado su designación, debió alejarse. Eso era inevitable, a partir de que la política de fondo del gobierno no era negociable y que se cumpliría mientras estuviésemos en el gobierno. Eramos todo lo flexibles que fuese necesario para, precisamente, preservar esa orientación fundamental. Y si con la designación de alguien como Alsogaray, que causó estupor en las propias filas de la UCRI, nos asegurábamos que el golpe perdiera impulso, no nos detendríamos.

Programáticamente, él era quien entraba en contradicción con su declamada posición liberal al ingresar en nuestro gobierno. Y era esa apariencia lo que sorprendía a algunos miembros de la UCRI que lo consideraban, como lo era, antagónico a nuestras ideas. No es la única contradicción en la que ha incurrido Alsogaray a lo largo de su vida pública, por cierto. Falta a la verdad cuando afirma que él fue al ministerio para estabilizar la economía, pues ésta ya estaba encaminada y, en pocos meses, sus frutos empezaron a notarse de manera inocultable, pese a las campañas psicológicas. En realidad, fue allí para estabilizar la política, de acuerdo con nuestra decisión. Y logramos nuestro objetivo.

FRIGERIO A PESAR DE LA CONSPIRACION

—Alsogaray admite, entonces, que “toma la antorcha que deja Frigerio. . .” En mayo de aquel agitado año ‘59,

Frigerio había renunciado a su cargo de Secretario de Relaciones Socioeconómicas en la Casa Rosada. ¿Fue ésa una nueva exigencia militar? Aquel integrante de su gabinete me decía que hasta había llegado a formarse una especie de “gobierno paralelo” con los funcionarios a quienes las presiones ajenas al gobierno de la UCRI habían obligado a renunciar. Y que ese “gobierno paralelo” era la única forma que encontraban de seguir ayudando al gobierno que usted encabezaba. ¿Fue así?

Arturo Frondizi. — Fue una decisión que debió tomarse como resultado del golpismo y de las intrigas que se tejían con cualquier pretexto, pero que perseguían, como único objetivo, cambiar la política que se aplicaba, aun cuando tuvieran que voltear al gobierno para lograrlo. Por cierto, con Frigerio seguimos colaborando estrechamente, aun después de que abandonara la Secretaría de Relaciones Económico-Sociales. Primero fue asesor del presidente y cuando ello no pudo tampoco sostenerse porque las conspiraciones y las intrigas lo impidieron, siguió actuando en vinculación conmigo, discutiendo los aspectos fundamentales de la política y su implementación. Trabajamos en directa vinculación los cuatro años que duró el gobierno desarrollista, aun a despecho de las posiciones formales que debieron cederse para evitar el derrocamiento anticipado del gobierno, para evitar el derrocamiento antes de que la política del gobierno desarrollista rindiera sus frutos. Cuando lo hicieron, cuando el gobierno fue derrocado, la obra desarrollista ya no podía ocultarse. Tanto es así que hoy sigue siendo el punto de referencia obligado para plantearse la superación de la crisis. Y agregaría que su éxito fue el verdadero y único motivo de nuestro desplazamiento por la fuerza. Si se analiza con objetividad lo ocurrido en-

tonces, se advierte que fue nuestra férrea preservación de la orientación de fondo, lo que finalmente llevó a nuestros enemigos a impulsar el derrocamiento.

El equipo encabezado por Frigerio nucleado en la revista *Qué*, tuvo un papel decisivo. Desde allí se inició una tarea de repaso sistemático de todos los problemas nacionales y se propusieron soluciones nuevas, superadoras de las viejas fórmulas que se habían venido repitiendo sin revisión crítica. En *Qué*, en torno a Frigerio, se había formado un grupo político de cualidades excepcionales, con el que yo conté para la campaña electoral y para la gestión presidencial. Ese equipo, que funcionando como tal fue una revolución en las prácticas políticas argentinas, fue el que hizo posible que durante nuestro gobierno, a pesar del hostigamiento que recibíamos, se avanzara con tanta nitidez en cuestiones fundamentales: petróleo, acero, infraestructura, redimensionamiento del sector público, tecnificación agraria, petroquímica, etcétera. Se puede consultar la obra del gobierno desarrollista detallada en nuestras publicaciones y se verá que esa magnitud de realizaciones es imposible de encontrar en ningún otro período similar a lo largo del siglo. Yo tuve el honor de presidir el gobierno desarrollista y de ello me siento profundamente orgulloso. Sé que, cuando pasen los años, la historia irá dándole el verdadero significado a esa etapa. Y también la modalidad de elaboración y la ejecución expeditiva que tanto se criticaron entonces, serán consideradas como lo que verdaderamente fueron: un salto formidable de modernización política.

CAPITULO III

LA GUERRA PSICOLOGICA: COMO PRESIONAR A UN GOBIERNO

—Doctor, vamos a entrar ahora en un tema que, se me ocurre, fue uno de los fundamentales en la política de su gobierno. Y creo que también fue uno de los temas más cuestionados, atacados por quienes buscaban su derrocamiento y por quienes, finalmente, lo derrocaron: hablo de la política exterior del gobierno desarrollista. Creo que es indudable el empeño que puso su gobierno en mantener la independencia de esa política exterior en un momento clave, diría yo, de la historia de América latina. Y sobre todo de la parte sur de esa América que, entre 1958 y 1962, vivía prácticamente en estado de democracia: hablo de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Perú, del Brasil. Aquellos fueron los años agitados de la Cuba que pasaba de Batista a Castro; los años en los que la "...antorcha pasa ahora a las manos de una nueva generación", como diría John Kennedy en el discurso inaugural de su frustrada presidencia. Eran los años en los cuales los Estados Unidos, en forma muy especial, se arrogaban el derecho de dictar las conductas a seguir por las cancillerías de los países americanos, tal como ocurriría finalmente en la Reunión de Cancilleres de Punta del Este en 1962, cuando se votó el aislamiento de Cuba.

Es en medio de esos años, duros, caóticos años para una América del Sur que, desde 1962 en adelante, vio cómo sus

gobiernos democráticos eran reemplazados por dictaduras militares (y sigo hablando de la Argentina, Chile, Bolivia, Perú y Brasil); es en medio de esos años, le decía, cuando su gobierno intenta y consigue, hasta sus últimas consecuencias, mantener una política exterior independiente de cualquier influencia externa. Son los años en los que usted viaja a Estados Unidos, se entrevista con el presidente Eisenhower, habla ante las Naciones Unidas, intenta evitar el aislamiento de Cuba del resto de los países americanos, se entrevista con John Kennedy en dos oportunidades; los años del acuerdo de Uruguayana con Brasil, los años del lamentable episodio de las "cartas cubanas", los años de la firmeza en la posición argentina en Punta del Este con respecto a Cuba. Me gustaría hablar sobre estas temas, pero creo que es imposible hacerlo sin recordar antes, nuevamente, las acusaciones que se acrecentaron en esa época acerca de la filiación comunista del presidente Frondizi, de Rogelio Frigerio, de otros funcionarios del gobierno, pese a que había visitado los Estados Unidos en enero de 1959, pese a que el presidente Eisenhower había visitado la Argentina y elogiado su actitud diplomática de mediación cuando Fidel Castro empezó a inclinarse hacia la izquierda.

¿Realmente, doctor, los militares de entonces estaban obsesionados por la "creciente amenaza del peligro rojo" en América, ya que era de las Fuerzas Armadas de donde provenían las más furiosas acusaciones? ¿O era aquella una "obsesión" pasible de ser manejada al antojo de quienes buscaban el deterioro y la caída del gobierno de la UCRI?

Arturo Frondizi. — Se trataba de un efecto clarísimo de la acción psicológica que, en realidad, buscaba detener nuestra obra de gobierno. Entre los militares, algunos

creían en esa propaganda, otros no. Ya le dije que lo que se perseguía era sembrar la confusión en todos los sectores y, fundamentalmente, en las Fuerzas Armadas. Fíjese que se nos acusaba, simultáneamente, de comunistas y de proyanquis, lo cual, además de demostrar la falsedad de las acusaciones, pone en evidencia lo que todos sabemos: que la acción psicológica no apela a la racionalidad de quien está bombardeado por esa propaganda, sino que persigue crear la confusión y, con ello, considera logrado su objetivo. Aun hoy, después del tiempo transcurrido y de la clarificación que aporta la distancia que nos separa de los hechos, hay secuelas de aquella campaña que, por otra parte, se ha mantenido por otros carriles a lo largo de los últimos veinte años. Se han publicado sistemáticamente en estas dos décadas, interpretaciones falsas de aquel período, destinadas a oscurecer su evaluación objetiva. Estimo que la tarea de los historiadores va a ser muy ardua, porque tendrá que separar, con mucho cuidado, la paja del trigo. Cierta tendencia historiográfica que cita a los autores que ya han escrito sobre el período en estudio como fuentes de información válidas, va a soslayar casi sin proponérselo la esencia del asunto: tal es la cantidad de tinta que se ha hecho correr para oscurecer lo esencial de nuestro gobierno. Pero creo que la ciencia encontrará el modo de abrirse camino. De eso estoy seguro. La verdad aflorará, y será conocida.

—¿Era un país de comportamiento especial aquel que en mayo de 1959 aplaudía a Fidel Castro en la Argentina y lo veía como a un quijotesco héroe de aventura, y sólo un año después lo miraba como un peligro rojo y acusaba con retroactividad al gobierno que lo había recibido, sin tener en cuenta que igual comportamiento habían

tenido los Estados Unidos, que también recibieron a Castro?

Rogelio Frigerio. — No era el país el que mudaba en forma tan arbitraria, sino los mecanismos que pretenden manipular al pueblo y a veces logran confundirlo momentáneamente. La Argentina de entonces empezaba a asumir su condición de país subdesarrollado, sin que una parte muy importante de sus grupos dirigentes lo hubiesen advertido y obraran en consecuencia. Esto podría llevarnos a una reflexión sobre la capacidad de los medios de información y difusión para orientar y torcer la opinión popular. Creo que esos medios tienen mucho poder y que su efecto deletéreo, cuando son manipulados para envilecer la conciencia, es realmente grande. Pero no les asigno una capacidad absoluta para torcer los caminos de las clases y los sectores sociales. Tarde o temprano, el pueblo corrige su rumbo y respalda la política que favorece su emancipación. Esto no ocurre, por supuesto, por generación espontánea. Requiere la presencia de un partido político que señale permanentemente la correcta dirección de marcha. Ese es el papel que le hemos conferido al MID: trabajar para esclarecer los problemas de fondo y para construir el Frente Nacional, que es la condición política de un cambio sustancial.

— ¿Es al producirse el giro a la izquierda de Fidel Castro cuando crece en la Argentina la preocupación por el “peligro de instauración del comunismo”, que parecía apreciarse con notable anticipación por esa época? ¿Había en la cúpula militar un temor al nacimiento de algo así como un “perocomunismo”?

Rogelio Frigerio. — Por cierto, ese “peligro” que usted señala nunca existió: fue y es pura propaganda. El peronismo es una fuerza de neto contenido nacional. Pueden señalársele deficiencias, pero no puede negársele su signo nacional, que singulariza a la clase obrera argentina. La izquierda, en más de una ocasión, intentó infiltrarse sin éxito, porque ello supondría una mutación en los contenidos esenciales del peronismo. Esto no quiere decir que lo que usted señala no fuese planteado así y gritado a los cuatro vientos para desencadenar temores y acciones en consecuencia, que pudieran ser orientados contra el gobierno. Se trataba de aprovechar las resonancias negativas que tenía la cuestión peronista en diversos sectores de la sociedad, para hacerlos obrar por reacción. El “perocomunismo” aludido venía como anillo al dedo para esa tarea confusionista, pues convocaba fantasmas de diversa raigambre. Aumentaba el efecto de temor que se intentaba crear. Es sabido que un hombre o un grupo que actúa engeguecido por el miedo, puede realizar acciones que no accedería a cumplir en otras circunstancias.

— Insisto con una pregunta: esa obsesión, ese temor, ¿eran legítimos o eran, simplemente, una excusa más para presionar y agotar al gobierno que usted encabezaba?

Arturo Frondizi. — Eran un arma ofensiva usada contra la voluntad de cambio que encarnaba el gobierno. Si usted analiza el último medio siglo, y hasta más del último medio siglo de nuestra historia, advertirá que todos los gobernantes populares tuvieron en contra usinas de acción psicológica, hábilmente manejadas para crear confusión. Pero también es verdad que en ningún caso el ensañamiento fue tan grande como en el nuestro. Creo que, a pesar de todo, nos

hicimos escuchar y fuimos comprendidos en sectores importantes de la clase obrera, en los sectores medios, en el empresariado y hasta en las propias Fuerzas Armadas. Nada hubiese sido mejor para el *establishment* que nuestro fracaso en el gobierno. Pero como a pesar de todo seguíamos adelante, haciendo todas las concesiones secundarias que fueran necesarias para desmontar el golpe sin ceder un tranco en las cuestiones de fondo, no tuvieron otro remedio, como le dije, que derribar el gobierno. Y, casi sin poder, logramos permanecer cuatro años y hacer todo lo que hicimos gracias a la claridad programática que guiaba nuestra gestión. Sabíamos lo que teníamos que hacer y lo hacíamos con gran ejecutividad, en muchos casos ganándole la carrera a la acción psicológica, que no lograba montar el operativo de neutralización de nuestra tarea. En esas circunstancias, cuando llegaba el planteo, ya las cosas estaban encaminadas y salían adelante, aun cuando la gritería fuese ensordecedora. Tal fue el caso, clásico, de la batalla del petróleo y de la enseñanza libre.

FRIGERIO: COMO GANARLE A
LA GUERRA PSICOLOGICA

—Me llama la atención que cite conjuntamente, como ejemplo “clásico” en el contexto de la guerra psicológica, la batalla del petróleo y la enseñanza libre. ¿Tienen alguna conexión?

Rogelio Frigerio. — Son dos temas que se complementan para demostrar cómo ajustábamos la efectividad en las tareas de gobierno y la táctica política para cumplir nuestros propósitos más profundos, como eran tanto el auto-

bastecimiento petrolero como la implantación de la enseñanza libre. La puesta en marcha de la estrategia con la que conseguimos el autoabastecimiento petrolero fue y sigue siendo un modelo de eficacia, como que en 40 meses logramos una meta que no se había conquistado en el medio siglo precedente, y que después de perdida con la anulación de los contratos petroleros por el gobierno radical, no se ha recuperado nunca. A partir de nuestra elaboración conceptual, sabíamos que era imprescindible reclutar la colaboración del capital privado y de la inversión extranjera; así como sabíamos que esto levantaría una ola de oposición desde todos los sectores del arco político. Empezamos a trabajar en las negociaciones inmediatamente después del triunfo electoral. Las grandes corporaciones que estaban en el país eran renuentes a nuestras propuestas, organizadas como estaban según un esquema que obligaba a importar el 60 por ciento del consumo, lo que les reportaba ingentes ganancias. Supimos recabar entonces el interés de grupos internacionales menores, dispuestos a afrontar la tarea con tal de ingresar en un área de producción y en un mercado del que estaban ausentes. Luego las empresas de mayor envergadura se incorporaron a las contrataciones para no quedar desplazadas de la oportunidad. Un caso singular, por cierto, fue el aguzamiento de la capacidad de negociación del Estado nacional con compañías de alcance mundial. Todos estos puntos iniciales se completaron en menos de 60 días, superando todas las trabas burocráticas. Inclusive la resolución administrativa de la cuestión fue drástica. El Poder Ejecutivo asumió la conducción de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Arturo Sábato tomó el liderazgo de YPF como delegado personal del Presidente y la operación concreta quedó en el área a mi cargo. Las formas se adecuaron a la rapidez y el vigor

en las determinaciones que eran precisos para encarar lo que habíamos calificado como primera prioridad, poniendo en práctica un criterio que es válido para toda acción de gobierno: las cuestiones decisivas deben asumirse de manera tajante desde el más alto nivel. A los seis meses los contratos estaban en operación, a pesar de que habíamos empezado de cero pues ni siquiera había equipos productivos en el país. Con ese impulso inicial pudimos desbordar el enfrentamiento despiadado que descontábamos que íbamos a padecer, expresivo de la incompreensión de los problemas por parte de las dirigencias y de su atadura a prejuicios ideológicos. Lamentablemente estos preconceptos adversos al interés nacional le hicieron el juego a los beneficiarios de la importación con la política del Partido Radical —que sus más conspicuos representantes aún sostienen contumazmente— favoreciendo un desmedro para el país que todavía se prolonga.

—Pero ¿cómo se conecta eso con la enseñanza libre? ¿Cómo se entiende que ustedes sufrieran acusaciones de ser izquierdistas y que paradójicamente en las manifestaciones laicistas se gritara “Frigerio al monasterio”?

Rogelio Frigerio. — Es que en medio de aquella gritería tan descomunal como hueca, proveniente de todo el espectro ideológico y partidocrático, que soportaba la “batalla del petróleo”, introdujimos la propuesta de la enseñanza libre, que tenía también ribetes conflictivos. Era igualmente una cuestión que sosteníamos por hondas convicciones doctrinarias, nacidas de nuestras elaboraciones, cuya ejecución era por lo tanto para nosotros una prioridad en materia de educación, así como un eslabón relevante en el programa de desarrollo: la posibilidad de que

todos los segmentos sociales pudieran contribuir a la preparación técnica y a la formación científica de los jóvenes argentinos era no sólo una premisa democrática, sino también un requisito para atender la demanda de mano de obra calificada y profesional que exige un esfuerzo de desarrollo sostenido. No podíamos desistir de implantar la enseñanza libre bajo ninguna condición. Pero la planteamos en el pico de la batahola petrolera, pues si bien despertaba apasionadas reacciones, aquí las fuerzas se alineaban objetivamente de distinto modo que en el tema del petróleo. Por eso, al abrir distintos frentes, cuando la gestión del gobierno encontraba resistencias pero de diferente signo, evitamos que se estancara la confrontación en un solo punto. Al mantener la política en un terreno dinámico, pudimos proseguir la realización de las líneas fundamentales del programa, a pesar de las múltiples oposiciones y de la provocación constante de que fuimos objeto. Sin embargo, le repito, la oportunidad buscada para lanzar la iniciativa de la enseñanza libre en nada implica que no fuese para nosotros una cuestión esencial. Rechazamos, también en esto, toda la literatura prejuiciosa para avanzar hacia la solución efectiva de los problemas reales del país. Hoy sostenemos la misma posición con idéntico empeño, aunque ahora tenemos a nuestro favor la experiencia, por más que no haya sido todo lo rica que pudo ser, ni haya tenido la orientación debida, desde que se abandonó el rumbo fundamental del desarrollo que nuestro gobierno impulsó. Las universidades privadas, es cierto, han tomado a reproducir las desviaciones del sistema oficial, que hace de las casas de estudios fábricas de títulos de profesiones “liberales”. No puede ser de otro modo en un país que sufre tan insólito colapso productivo que ocupa menos mano de obra en la industria que en aque-

llos años de 1960. Pero la realidad ha demostrado que tenemos razón absoluta en el nudo de la discusión, que la enseñanza libre es un factor de desenvolvimiento y progreso científico, no de distorsiones y de oscurantismo. Sin embargo, nuestros contradictores de entonces insisten en su obcecación ideológica; sólo que ahora —y esta campaña electoral de 1983 ofrece nítidas pruebas—, ante la evidencia de los hechos, prefieren acomodar sus posturas sobre el petróleo, sobre la educación y sobre muchos otros temas, según les parezca que van a ser mejor acogidas por el auditorio circunstancial que los escuche.

AQUEL PAIS, ESTE PAIS: LAICA O LIBRE. DIVORCIO Y ABORTO

—La Iglesia y los sectores religiosos, entre otros, defendieron entonces el establecimiento de la enseñanza libre. Ahora hay otras inquietudes en estos círculos, como las de la legislación del divorcio vincular y aun la legalización del aborto. ¿Qué les contesta el desarrollismo?

Rogelio Frigerio. — Nuestra respuesta en estos temas es la más profunda, porque abarca frontalmente la globalidad del fenómeno. La familia argentina está siendo agravada en sus condiciones de vida más elementales ya que hasta la alimentación es un drama cotidiano para un segmento notorio de la sociedad. E inclusive está amenazada en su existencia misma a partir de la posibilidad —o mejor dicho de la imposibilidad— de constituirse. El examen de la realidad, que es siempre el primer paso en la formulación de las posturas del desarrollismo —a diferencia de los otros partidos, que adelantan sus prejuicios— denuncia

un agudo descenso en la constitución de matrimonios, por ejemplo. Respecto de hace 4 ó 6 años, las estadísticas revelan que unos 130.000 casamientos por año no llegan a realizarse. Y la tasa de nacimientos no ha disminuido, lo cual indica que proliferan las uniones sin ninguno de los resguardos sociales que deben proteger a las familias. Frente a este panorama básico, el planteo del divorcio vincular, que es una cuestión conflictiva y difícil, no apunta a resolver el problema fundamental de las familias argentinas, sino que actúa provocativamente en un sentido que, de modo objetivo, conspira contra la solución de esas dificultades esenciales, pues genera enfrentamientos políticos, tal vez muy agudos, a propósito de un asunto que no es determinante. Por eso rechazamos esta provocación. Lo decisivo es resolver el problema de fondo que soportan las familias del país, que demanda como requisito sustancial la confluencia política de todos los factores significativos de la comunidad. Es evidente, a la vez, que esta solución exige un basamento económico y social: el trabajo seguro, los salarios suficientes, la posibilidad de acceder a la vivienda y la educación de los hijos. La inestabilidad social y su reflujo sobre cada integrante de la sociedad resulta, como es obvio, una fuente primordial de la disgregación familiar y social que padecemos.

La regeneración de las condiciones de vida en el país, en extremo deterioradas durante estos años, es por eso nuestra prioridad en defensa de las familias argentinas. Sin perjuicio de que deban revisarse de inmediato y con sentido de justicia las eventuales iniquidades de nuestra legislación en materias como el régimen jurídico de los hijos.

—*El 15 de enero de 1959, el presidente Frondizi viaja a Washington para entrevistarse con el presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower. ¿Qué era lo que llevaba al gobierno de la UCRI a ese acercamiento con los Estados Unidos? ¿Necesidad de capitales? ¿Qué era lo que buscaba el gobierno, en suma, y cuáles fueron los resultados?*

Rogelio Frigerio. — La gestión presidencial del doctor Frondizi, al frente del gobierno desarrollista, marcó uno de los puntos más altos del prestigio internacional del país, nunca superado luego. Aquí había un gobierno en serio, imaginativo, con un plan concreto y que hacía cosas. En consecuencia, la Argentina era considerada y respetada en todos los círculos internacionales, en los que Frondizi era, frecuentemente, un hombre de consulta.

Nuestra posición respecto a Washington era coherente con el replanteo doctrinario que habíamos hecho del cuadro mundial y, consecuentemente, de la inserción de la Argentina. A contramano del aislacionismo y del tercermundismo, o de la tercera posición, nosotros apreciamos con mucha anticipación los cambios fundamentales en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Llegamos a la conclusión de que, como finalmente ocurrió, el empate nuclear determinaría el fin de la “guerra fría” y el surgimiento de una coexistencia pacífica. Una de las consecuencias de ello era la disgregación de los bloques de la posguerra; ya no subsistirían las rígidas alineaciones surgidas del conflicto mundial y, naturalmente, se abrían mayores posibilidades para un desarrollo independiente de los terceros países. Surgía como fundamental, no la divi-

sión del mundo entre capitalismo y socialismo, sino entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado.

A partir de ello, y del dato histórico concreto de nuestra inserción en Occidente, podíamos tener con los Estados Unidos una relación fructífera; no de satelismo, sino de independencia. El antiimperialismo no es una cuestión de retórica, sino de hechos concretos. En las condiciones en que se presentaba el cuadro mundial, nosotros, conociendo las leyes que rigen, en la etapa de coexistencia, las relaciones entre las superpotencias, podíamos afirmar nuestra identidad nacional y favorecer nuestro desarrollo independiente.

Así que nos acercamos a Washington juntamente con el inicio de relaciones políticas y comerciales con todo el mundo. Nosotros fuimos pioneros del intercambio con los países del Este, que hoy es un aspecto fundamental de nuestro comercio exterior. Por ser pioneros fuimos acusados de comunistas, cuando al mismo tiempo éramos acusados de proyanquis. Ese criterio lo aplicamos porque era ventajoso para el país, sin creer que era la panacea, ya que para nosotros lo fundamental era cambiar la estructura productiva y la composición del intercambio, no comerciar en base a la producción existente.

De ese acercamiento, así como del conjunto de las relaciones internacionales, surgió prestigio y gravitación internacional para el país, lo que, a su vez, significaba posibilidades de inversiones y posibilidades de impulsar nuestro desarrollo.

—*Ahora estamos, quizás, en el extremo opuesto, en cuanto a la presencia de la Argentina en el mundo. ¿Usted cree que se debe al rechazo del autoritarismo militar por las democracias? ¿A las violaciones de los derechos*

humanos? ¿Cómo evalúa la influencia de la guerra de las Malvinas en ese contexto?

Rogelio Frigerio. — La declinación del predicamento argentino en el mundo es el reflejo de nuestro creciente deterioro y de la pérdida de peso específico de nuestro país en América latina y en el marco internacional que esto ha acarreado; factores de fondo que están muy acentuados por circunstancias que han vulnerado la imagen nacional y por determinaciones absolutamente inopinadas en materia de política exterior. No puede tener la misma consideración internacional un país que, como el nuestro en 1950, creaba una magnitud de riqueza equivalente a la suma de sus cinco vecinos en el Cono Sur americano, y que ahora genera sólo la cuarta parte de esa sumatoria. No tiene igual consideración, ni puede ofrecer ni recibir igual respaldo entre sus países amigos y aliados.

Sobre estos factores fundamentales se inscriben, por cierto, los agravantes citados. El desprecio por el bienestar del pueblo, el sumergimiento del mercado interno, la circunstancia de que la Argentina detente al mismo tiempo los récords mundiales de receso y de inflación, no son precisamente argumentos para reclutar simpatías en el mundo. Y tampoco lo es que un gobierno admita haber conculcado derechos humanos esenciales, pero que se niegue a dar explicaciones y a asumir sus responsabilidades. Es un valor entendido sin reservas que el Estado, cualquiera sea la situación institucional, debe mantener y preservar el monopolio de la fuerza dentro de sus fronteras, como pilar indispensable de la paz y del orden interno, y como garantía frente a la comunidad internacional. Pero a esta altura de la civilización universal ese atributo debe encuadrarse firmemente dentro de la legalidad. Y si aconteci-

mientos extraordinarios quiebran este marco, todo el poder estatal debe volcarse a restituir el Estado de derecho. Cuando así no ocurre, la vigencia del principio de no intervención en los asuntos internos de terceros Estados, que debe sostenerse con el mayor vigor, no impide que resulte perjudicada la posición del transgresor ante el mundo.

Pero tienen también una gravitación decisiva en nuestro retroceso las acciones bélicas en las Islas Malvinas y la gestión diplomática que se anuda con ese grueso error. Porque se violentó la legalidad internacional generando inútilmente un foco de guerra que agravia el interés universal en preservar la paz. El desarrollismo fue la única fuerza política que denunció, inmediatamente después de comenzado, que ese episodio no podía terminar sino como en efecto terminó: con una grave mutilación de la soberanía nacional, pues ese golpe de mano tuvo la consecuencia contraproducente de que se instalara una verdadera fortaleza de la potencia extranjera, custodiada por miles de hombres con el más moderno armamento, allí donde había un archipiélago habitado por escasos centenares de pobladores; lo que no sólo ha reforzado la enajenación de ese sector de nuestro territorio, sino que ha modificado diametralmente la relación de fuerzas en el Atlántico Sur en contra de la Argentina. Intentamos que nuestra postura adversa a la aventura militar fuese compartida por la Multipartidaria, lo que quizás hubiese cambiado el rumbo de los acontecimientos, al aislar la aventura oficial; pero nuestro intento fue estéril: las cúpulas partidarias se dejaron llevar por el exitismo alimentado mediante la propaganda del gobierno, que se empeñó íntegramente en engañar al pueblo hasta la última instancia a través de todos los medios de comunicación que controla directa o indirectamente. A tal punto fue cerrada la maniobra, que la

comunidad esperaba la victoria de un momento para otro cuando se enfrentó súbitamente con la realidad de que se había perdido la guerra.

En ese clima advertimos públicamente acerca de la tragedia que se cernía sobre el país, en completa soledad. Debimos soportar durante esos meses el mote de traidores por el pecado de denunciar el crimen de lesa patria que se estaba cometiendo. Y pudimos llegar desde el primer momento a las más certeras conclusiones, a pesar de la completa desinformación y tergiversación oficial de los hechos, porque utilizamos el mismo método de análisis que hace treinta años nos permitió prever el afloramiento de la coexistencia en medio de la turbulencia de la “guerra fría”, cuando el primer gobierno peronista se aprontaba para la explosión de una tercera guerra mundial. Frente al caso Malvinas pudimos así, como consta en nuestro documento del 22 de abril de 1983, que debió difundirse en forma de solicitada, adelantar una por una las circunstancias que luego han ido quedando develadas ante la comunidad durante estos meses. Acusamos a la cúspide gubernamental de encubrir la crisis interna con la maniobra bélica, que apelaba perversamente a los legítimos sentimientos reivindicativos del pueblo argentino sobre esos territorios irredentos. Dejamos en claro que se lanzaba al país a una guerra donde encontraría una relación de fuerzas absolutamente adversa, agravada por la sostenida declinación que en estos años hemos padecido. Y señalamos que estaríamos huérfanos de apoyo efectivo y sujetos a una extendida condena mundial por haber encendido la mecha de un conflicto bélico en un mundo que asume la paz como el bien más preciado.

Nuestras premoniciones se cumplieron puntualmente, por más que nos duela el infortunio. Y estamos obligados

a recordarlo no por soberbia, sino porque a pesar de la derrota sigue imperando la misma concepción equivocada que condujo al conflicto armado con tan lamentables consecuencias. Un criterio contrario al interés nacional, que se expresa en la táctica gubernamental de mantener la ficción del hostigamiento bélico, con profusión de declamaciones en los foros internacionales recogiendo causas extrañas por completo al país, en una actitud contradictoria con la verdadera necesidad argentina de recomponer las relaciones exteriores. Y que se manifiesta también en las posiciones y gestos de los partidos políticos, comenzando por peronistas y radicales, que avalan esa orientación y que formularon con idéntico sentido sus propuestas de política internacional. Aunque esto no les impida exponer sus ínfulas demagógicas contra el armamentismo: llegan al ridículo de proponer simultáneamente que se mantenga abierto un frente bélico —o dos, cuando también objetan la mediación papal sobre el Beagle— y que se reduzca el armamento militar.

Sólo el Movimiento de Integración y Desarrollo demanda frontalmente la reafirmación de la paz, a partir de asumir la realidad de la derrota militar en las Malvinas y de depurar las hostilidades inconducentes. Este encauzamiento pacífico del conflicto es el que nos pondría en las mejores condiciones para desenvolver la agresiva gestión diplomática que es menester para recobrar la plenitud de nuestra soberanía. Porque en el terreno de la paz y la legalidad internacional podemos hacer valer nuestro mejor arsenal, que son los indudables títulos históricos, jurídicos, geográficos y políticos que poseemos sobre las Islas Malvinas. Y contamos aquí también en nuestro apoyo con la condena universal que recibe el colonialismo en estas postrimerías del siglo XX.

Pero además de respaldar nuestras demandas soberanas, la paz es indispensable para un país que necesita realizar un enorme esfuerzo económico y financiero para remontar la crisis y superar el subdesarrollo. Un impulso que demanda comprensión para aliviar los acuciantes plazos del colosal endeudamiento externo que padecemos y que exige, igualmente, el concurso de capitales externos para darle a esa estrategia la pujanza y el ritmo indispensables para lograr los objetivos. No hace falta ningún talento en el análisis para saber que no hay margen para lograr facilidades financieras, inversiones y radicación de capitales en un país que permanece sentado en los umbrales de la guerra. Sólo el desarrollismo, insisto, lucha por la paz y por el desarrollo dentro de un planteo global coherente y serio.

ARGENTINA, CUBA Y LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

—Volviendo al gobierno desarrollista: el propio presidente Eisenhower reconoció y agradeció el valor de la gestión mediadora de uno de los embajadores del gobierno de la UCRI, el doctor Julio Amoedo, embajador en Cuba, cuando las relaciones entre los Estados Unidos y el gobierno de Fidel Castro empezaron a resquebrajarse. Pese a esa gestión, pese a ese agradecimiento, continuaban las acusaciones al gobierno de la Argentina y a su “comunismo”.

Rogelio Frigerio. — Recuerdo ahora un artículo que publiqué en los Estados Unidos y que fue material editorial del *New York Times*. Se llamaba “Argentina y Cuba: las dos políticas”. Nosotros teníamos una concepción del desarrollo nacional distinta de la cubana, pero vimos

los riesgos que no vieron todos los dirigentes norteamericanos de que “el caso Cuba” se escapara de la órbita latinoamericana y se convirtiera, como luego ocurrió, en un caso a ser tratado por las superpotencias. Hicimos todos los esfuerzos posibles en favor de ese objetivo, pese a los escollos que nos ponían aquí los golpistas. Aplicábamos una política de principios y cedíamos en todo, menos en los principios. Y justamente esos principios eran los que daban a los intereses del viejo país, que queríamos superar.

—Doctor Frondizi, llega de esa forma la Conferencia de Cancilleres de Punta del Este. En agosto de 1961 se sientan las bases de lo que los Estados Unidos llamaron la Alianza para el Progreso. En enero de 1962 se vota la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos. En aquella primera reunión, el entonces ministro de Cuba, Ernesto Guevara, sintetiza lo que él entiende es el espíritu de la Alianza para el Progreso y dice: “La Alianza para el Progreso no está hecha para Cuba, sino en contra. Y no se establece darle un centavo a ella, pero sí a todos los demás delegados (. . .) Se dan dólares para hacer carreteras, para hacer caminos (. . .) alcantarillas (. . .) ¿Por qué no se dan dólares para equipos, maquinarias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industriales, agrícolas, de una sola vez?” Casi parece un discurso dicho por algún miembro del gobierno argentino de entonces. ¿Realmente había puntos de coincidencia entre esa posición y la del gobierno argentino? ¿Había coincidencia en la necesidad primordial de lograr el desarrollo de un país antes que conseguir, meramente, la renovación de su red vial, de sus escuelas o de sus alcantarillas?

Arturo Frondizi. — Cuando el presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, nosotros le hicimos llegar, en una carta que se dio a publicidad, nuestro apoyo y también nuestras reservas al programa propuesto. Apoyamos la Alianza para el Progreso porque representaba un importante paso nuevo en la idea de la cooperación regional, porque aceptaba cuantificar las necesidades de inversión en el continente y porque comprometía a los Estados Unidos a un aporte sustancial de fondos nuevos, adicionales. Al mismo tiempo observábamos a Kennedy que el espíritu del plan era sólo asistencialista, que apuntaba a corregir los síntomas del subdesarrollo sin atacar sus causas. Cuando el primer borrador preparado en Washington llegó a Buenos Aires, la palabra “industria” no estaba incluida en sus largas páginas. Todo se concentraba en los problemas de alimentación, salud, vivienda, educación y reforma agraria, considerados como “prerrequisitos” del desarrollo. La Argentina no podía ignorar que esas metas, aunque obviamente deseables, no equivalían al desarrollo, como lo demostraba su propia experiencia nacional. Además, en el proyecto preparado por el Departamento de Estado había un capítulo inaceptable: el Comité al que se daba un poder global para determinar los programas requeridos de inversión. Esa fue la primera y más audaz tentativa de forzar una “integración” latinoamericana, dando a cada país una función en la división regional del trabajo. En torno del llamado “Comité de los Siete Sabios” se libró una furiosa batalla diplomática en la que la Argentina, sola, frustró la iniciativa, y ello tuvo tanto interés como el discurso de Guevara que se recuerda en la pregunta. Guevara, en efecto, criticó la concepción de la Alianza, aunque desde la perspectiva de la revolución cubana, que no era la nuestra. La verdad es que la experiencia del pro-

ceso de Cuba no es una experiencia de industrialización y desarrollo sino, más bien, de socialización del subdesarrollo; aunque a ello puede haber contribuido la política norteamericana hacia Fidel Castro. Entre paréntesis, si se relea la crónica periodística de aquella conferencia de Punta del Este, podrá apreciarse cuán grande era el peso diplomático argentino, luego totalmente diluido.

—Doctor, su gobierno se abstuvo de aislar a Cuba del resto de los países de América. Lo hizo en agosto de 1961 y, aun presionado y ya casi al borde de su derrocamiento, en enero de 1962. ¿Cuál era la tesis que fundamentaba esa abstención? ¿Cómo fue interpretada esa abstención por los militares argentinos en momentos en que, virtualmente, los Estados Unidos “ordenaban” a los países americanos condenar a Cuba y expulsarla de la OEA? Finalmente, ¿esa abstención iba a obligar al cambio del canciller argentino?

Arturo Frondizi. —Nosotros creíamos —y sostengo que la historia nos ha dado la razón— que había que intentar por todos los medios que Cuba no fuese expulsada del sistema interamericano. Dentro del sistema, las diferencias con Cuba, más que agrandarse, tendían a mantenerse en un cierto plano de convivencia. Fuera del sistema, Cuba pasaba a ser un engranaje de la política mundial, en el que su política nacional iba a quedar subordinada a la Unión Soviética. Eso fue exactamente lo que ocurrió después y Cuba quedó aislada, condenada al subdesarrollo y a la marginalidad internacional. El precio que ha pagado el pueblo cubano ha sido muy alto al no ver modificada fundamentalmente su condición nacional. Esta tesis nuestra fue presentada por nuestros enemigos como una tesis pro-

comunista. En realidad era una tesis nacional que proyectaba a la Argentina en un rol internacional que luego ha desaparecido. Desde luego que pagábamos un alto precio por defender nuestros principios; más de una vez debimos prescindir de algún valioso colaborador para poder seguir adelante. Supongo que a esta altura del reportaje, usted no se asombrará si le digo que no nos arrepentimos de haber pagado esos costos con tal de haber actuado como lo hicimos. En Punta del Este hubo una sólida proyección de la posición nacional, expuesta por el canciller Cárcano, aun cuando la conspiración para torcerle el rumbo a la delegación se trasladó al país vecino, pues los servicios de información querían, a cualquier precio, modificar la posición argentina.

ARGENTINA Y BRASIL: EL PACTO DE URUGUAYANA

—Doctor, meses antes de esa primera reunión de cancilleres, en abril de 1961, entre el 20 y el 22, usted y el entonces presidente del Brasil, Janio Quadros, firman el Pacto de Uruguayana. ¿Podría usted sintetizar en qué consistía ese pacto, cuáles eran los fines políticos que perseguía? En aquellos días, América latina vivía un período de gobiernos democráticos que ya no iba a repetirse. Usted se entrevistó con Quadros, del Brasil; Alessandri, de Chile; Paz Estenssoro, de Bolivia; Prado, del Perú... ¿Buscaba el gobierno de la UCRI formar un bloque que pudiera oponerse en el seno de la OEA a los dictados de los Estados Unidos?

Arturo Frondizi. —La esencia del Pacto de Uruguayana

establece la coordinación de políticas entre la Argentina y el Brasil. Fíjese bien que no hablo de integración, sino de coordinación, puesto que nosotros teníamos como prioridad la integración nacional, previa a cualquier otra integración. Coordinar nuestra política con el Brasil era, en ese contexto, mutuamente beneficioso. Quiero señalarle, sin embargo, un dato fundamental que diferencia la situación actual de la que existía entonces. La Argentina se encontraba realizando un gran esfuerzo de desarrollo, tenía una posición fuerte en el contexto latinoamericano y recuperaba aceleradamente las posiciones perdidas en el concierto mundial. Como país que crecía con ímpetu se encontraba también en ascenso en lo que a su influencia fuera de sus fronteras se refiere. Hoy, en cambio, la situación ha variado mucho. Nos encontramos en una posición de desventaja con respecto al Brasil. En estas condiciones, toda búsqueda de entendimiento termina en el hecho de que la Argentina cede frente a su vecino más poderoso. Creo que Uruguayana es un antecedente muy valioso de política internacional argentina de carácter independiente; pero no puede aislarse del contexto nacional en el cual se registra, porque ocurre en el marco de un país que puede raspaldar esa proyección exterior. De ninguna manera operábamos para crear un bloque antinorteamericano en el Cono Sur. Creíamos entonces y creemos hoy que el respeto recíproco y la cooperación para el desarrollo son la base de una convivencia hemisférica fecunda. Y esto se aplica por cierto también a los Estados Unidos.

—¿Y cómo cree usted que veía el Departamento de Estado de los Estados Unidos ese Pacto de Uruguayana? ¿Es probable que, mientras usted se entrevistaba con Kennedy y le explicaba sus razones para no aislar a Cuba —es decir,

mientras usted se oponía a la "sovietización" de Cuba a la que prácticamente la condenaba la intransigencia norteamericana— el Departamento de Estado estuviera conspirando en su derrocamiento?

Arturo Frondizi. —En la política norteamericana había, indudablemente, vacilaciones y contradicciones no sólo en lo que a Cuba se refiere. Respecto de nuestro país podía registrarse una actitud de comprensión y simpatía hacia los esfuerzos de desarrollo por una parte, mientras había también sectores que pretendían mantener el monopolio ideológico y político del continente. Estos últimos no podían admitir nuestra política nacional y su proyección internacional. Es evidente que presionaban e instigaban al golpismo que amenazaba a nuestro gobierno. No estoy en condiciones de saber si en ello estaba comprometido el Departamento de Estado, pero sí creo que no era ésa la actitud del presidente Kennedy, con quien llegamos a hablar en un clima de mucha franqueza. El mismo Kennedy sufría la acción psicológica de los servicios de información.

—Y a menos de un año de firmado el Pacto de Uruguayana, ninguno de los dos presidentes americanos firmantes estaba en el poder...

Arturo Frondizi. —No creo que pueda hacerse una inferencia de ese hecho que asocie a ambos procesos. Creo, en realidad, que se trataba de procesos distintos. Habíamos coincidido con el Brasil en Uruguayana porque ésa era la actitud que más convenía a nuestros respectivos países, no porque fuese idéntica la concepción de ambos gobiernos. Lo contrario supondría establecer artificiales parentescos ideológicos y políticos que no existieron.

—Desde aquella confluencia con Brasil en Uruguayana hasta hoy ha pasado mucha agua bajo el puente. Lo que era el ABC básico para la diplomacia en el Cono Sur (Argentina, Brasil y Chile), no es ya uno de los ejes de nuestras relaciones exteriores, sino una serie de tropiezos, dificultades y conflictos. Dígame, Frigerio, ¿qué perspectiva le ve usted al diferendo con Chile sobre el Canal de Beagle que, si mal no recuerdo, era ya un foco de potenciales tensiones durante el gobierno desarrollista?

Rogelio Frigerio. —Las cuestiones limítrofes con Chile fueron efectivamente un factor de perturbación durante la gestión desarrollista, inclusive en los canales fueguinos. Felizmente, el compromiso profundo de nuestro gobierno con la paz permitió que se encauzaran sin enfrentamientos, con plena defensa de la soberanía nacional. Particularmente respecto de los canales fueguinos logramos suscribir un avanzado convenio que restablecía los derechos de navegación argentinos, perdidos por muchos años; un acuerdo que, sin embargo, no fue convalidado por el Congreso chileno.

Ahora, a propósito del pleito sobre el Beagle, renovamos nuestra determinación de atenernos a la negociación pacífica, reclamando específicamente, como no lo hace ningún otro partido político argentino, la aceptación franca de los términos de la propuesta papal, para discutir las cuestiones pendientes en base al punto de partida que dispensa la augusta mediación. Y lo hacemos en defensa de los intereses soberanos del país, en resguardo de la paz, así como para prevenir otro empleo espurio de un conflicto bélico con

arteros propósitos de política interna. La mediación de Juan Pablo II asegura las mejores condiciones para la Argentina, pues gira en torno del principio de la vocación nacional sobre el Atlántico y la de Chile en el Pacífico. Este fundamento tradicional no sería acogido por un tribunal internacional de justicia, que es la alternativa a la mediación, dentro de los caminos pacíficos de solución. Y la única opción restante, que es la de la guerra —más allá de los argumentos morales y políticos que obligan a descartarla— hallaría al país doblemente débil para acometer una confrontación armada, por la fragilidad general que causa la persistencia de la crisis argentina y especialmente por el cambio en la relación de fuerzas en el Atlántico Sur que surgió del despropósito de la guerra de las Malvinas. Más todavía: si se conserva el presente cuadro propenso a la guerra, se mantiene también latente un foco de perturbación para la democracia, por la fácil eclosión que puede causar cualquier pretexto o provocación belicista, proveniente de uno u otro lado de la frontera.

LA VISITA DEL "CHE" GUEVARA:
EL GOLPE AMENAZA A UN PAÍS EN MARCHA

—Doctor, llegamos a la entrevista con Ernesto Guevara. Acaso el hecho protagonizado por su gobierno, y por usted como presidente, que más irritó a las Fuerzas Armadas, que más conmovió a la opinión pública y el que tal vez haya contribuido involuntariamente, aunque en forma decisiva, a que la campaña de desestabilización —para usar una palabrita acorde con la década del '80— contra su gobierno se acelerara y culminara con su derrocamiento. Para algunos militares de la cúpula, la visita de Guevara a la Argenti-

na fue peor que si el visitante hubiese sido Nikita Krushchev. Para otros, la presencia de Guevara era símbolo de que la Argentina había caído en las garras del comunismo. Se le reprochó a usted, doctor Frondizi, haber ocultado la visita de Guevara, haberla mantenido en secreto, sin tener en cuenta sus críticos que dos militares de su custodia fueron a buscar al visitante al pie del avión. Sus críticos tampoco tuvieron —y aun después de 22 años tampoco tienen— en cuenta la necesidad de su gobierno de mantener en secreto esa visita por elementales normas de seguridad, como si por esa misma razón, la seguridad, no se hubiesen cumplido, entonces y después, actos aun más cuestionables que el supuestamente cuestionable de mantener en secreto la visita de un ministro de un país amigo.

Le confieso que, después de insistir largamente, de buscar y rebuscar en testimonios de la época y en relatos de algunos testigos, ya he desistido de averiguar, por ejemplo, de quién fue la iniciativa para que la visita se concretase: si del gobierno al invitar a Guevara, si de Guevara al manifestar su deseo de visitar el país. Acaso ya no importe tanto. Los detalles anecdóticos (el pedido de Guevara de visitar a una tía, su frugal almuerzo en Olivos por gentileza de la primera dama argentina), todo eso es materia conocida.

En esencia, ¿de qué se habló a lo largo de aquellos sesenta minutos de charla? ¿Podría usted trazar una semblanza de Guevara? Pienso que, al abrirse una puerta de la residencia de Olivos y al enfrentarse usted con él, debe haber visto a un hombre en uniforme verde y boina, un controvertido personaje, un marxista que confesaba no haber leído a Marx, un hombre que había empuñado un arma y luchado en un terreno difícil y que, de pronto, pedía permiso para que lo dejaran visitar a una tía impedida... La semblanza del carácter y la personalidad de Guevara, tal como

usted lo recuerda, es lo que le pidió. Es usted la única persona que puede todavía dar testimonio de aquella visita.

Arturo Frondizi. —La pregunta contiene en su formulación casi todos los elementos de la respuesta. La historia ha cubierto de ridículo a todos los grupos civiles y militares que se rasgaron entonces las vestiduras por la visita del ministro de un país con el que se mantenían relaciones y que ese mismo día iba a ser recibido y condecorado por el presidente del Brasil. A esta altura de los acontecimientos es evidente que el paso de Guevara por Buenos Aires fue una anécdota, aunque de ella sacaron tanto partido los grupos golpistas. Sobre Ernesto Guevara he expresado en más de una oportunidad que me impresionaron tanto su fuerte personalidad como su relativa desinformación; sus grandes aspiraciones y expectativas y su evidente inexperiencia. Guevara era esencialmente un hombre de acción y no un jefe de gobierno, un revolucionario “internacional”, que no dejaba de ser anacrónico en esta época de naciones. No cabe duda, sin embargo, de que era posible conversar con él y que comprendía los riesgos que podían resultar de una dependencia total de Cuba de la Unión Soviética.

—Doctor Frondizi, ¿qué tan caro le costó a su gobierno el hecho de que Guevara llegara a la Argentina y se entrevistara con usted?

Arturo Frondizi. —Fue utilizado como un nuevo pretexto golpista. Todo lo que hacíamos y lo que no hacíamos, se intentaba aprovecharlo en esa dirección. Cada instancia que vivía el gobierno era utilizada en su contra y para deteriorarlo. Esto provocaba un nuevo desgaste en el equipo

gobernante. Pero nosotros seguíamos adelante, pues se trataba de una carrera contra el tiempo en la que no podíamos detenernos. Había que obligar a nuestros enemigos a denunciar sus verdaderas intenciones, y ello sólo podía conseguirse sacando a la luz las realizaciones del gobierno, mostrando que eso era lo que se quería quebrar, lo que se quería interrumpir.

—¿Se admitía ya entonces en el gobierno, Frigerio, que éste podía ser derrocado por las Fuerzas Armadas? ¿Cuáles eran los logros de la gestión presidencial —por ejemplo en cuanto a desarrollo y nivel de vida— que no se tenían en cuenta a la hora de juzgar la visita de Guevara a la Argentina?

Rogelio Frigerio. —En el plano económico y social, expansión, elevación de las condiciones de vida y perspectivas ciertas de desarrollo: todo cuanto ya le expuse antes. Pero además de los logros materiales, la experiencia desarrollista tiene valor en sí misma en tanto destruyó los mitos y anacronismos ideológicos; muchas cuestiones que desataban vendavales, ahora ya no se discutirían entre los argentinos en virtud de que fueron planteadas con audacia e imaginación en el gobierno desarrollista. Y lo básico de nuestras propuestas mantiene vigencia en virtud de que la crisis del subdesarrollo sigue sin resolverse.

El prestigio internacional es otro logro, también ya citado. Lo son también los avances en materia de educación y de elevación espiritual del pueblo. La educación estaba puesta al servicio del desarrollo y, a su vez, la política de desarrollo daba a los egresados oportunidades que ahora se les niegan y que dejan sólo el camino de la frustración y del éxodo.

Había un clima de libertad, pese a que las cátedras y los medios de comunicación social frecuentemente eran utilizados como barricadas golpistas. Las medidas de restricción a las garantías constitucionales se adoptaron para evitar el baño de sangre que pedía el golpismo gorila y para asegurar la vigencia de la Constitución y del Estado de derecho. Es llamativo cómo esa política que era tan agresiva en el plano doctrinario, que embestía contra creencias tan erróneas como arraigadas, se aplicó sin violencia, sin que hubiese un solo muerto. Nuestra confianza en la democracia no era formal: era producto del convencimiento de que nuestra política marchaba en el sentido de la historia y que, más tarde o más temprano, se iba a imponer como se impondrá.

La visita de Guevara es sólo un ejemplo del uso bastardo y tramposo que se hacía de los hechos en el campo golpista. Se utilizaba cualquier argumento para frenar una política que los abrumaba y que amenazaba los intereses económicos y políticos de los que el golpismo se nutría.

FRONDIZI – KENNEDY: EL CASO DE
“LAS CARTAS CUBANAS”. DECISION ARGENTINA
EN PUNTA DEL ESTE

—Entre las dos reuniones de cancilleres de Punta del Este, viaja usted a los Estados Unidos y se entrevista con el presidente John Kennedy. Es minutos antes de esa entrevista cuando se le entrega al secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, un paquete de supuestos documentos que probaban la injerencia cubana en asuntos internos argentinos. Dean Rusk se los ofrece a usted. Kennedy lo esperaba para desayunar, doctor, y esos documentos que

—después se probaría— eran falsos, estuvieron a punto de frustrar la entrevista. Había estallado lo que hoy se conoce como “el escándalo de los documentos cubanos”. ¿Recuerda cuál fue su reacción en aquel momento?

Arturo Frondizi. —Mi reacción inmediata fue señalar: ¡Son falsos. . .!, tan evidente era la maniobra. Esos documentos fraguados fueron presentados efectivamente antes de que me reuniera con Kennedy para desayunar con él en el Hotel Carlyle de Nueva York, en setiembre de 1961. Estaba conmigo el secretario de Estado Dean Rusk, a quien le fueron entregados. El me los pasó a mí y me di cuenta inmediatamente de que se trataba de una audaz maniobra para perjudicar tanto la reunión que iba a tener, como su efecto público. Lo primero no sucedió, porque Kennedy comprometió todo su apoyo hacia la Argentina. Pero el escándalo fue muy grande en la Argentina, donde los diversos medios de difusión comprometidos con el golpe, hicieron caso omiso de la cabal demostración de falsedad concretada por la pericia técnica y siguieron batiendo el parche con el tema.

—¿Cómo era el Kennedy que usted conoció y cuáles eran las expectativas que tanto él como su administración tenían respecto de la Argentina de entonces?

Arturo Frondizi. —El presidente Kennedy estaba verdaderamente preocupado por la paz y la convivencia internacionales. Creí que quería genuinamente inaugurar una nueva etapa en las relaciones entre los pueblos. Hacia la Argentina manifestaba sentimientos muy amistosos y veía con simpatía nuestros esfuerzos. Estaba condicionado conceptualmente para analizar los problemas del desarrollo, pero

creo que hacía sinceros esfuerzos para comprender nuestra concepción política. Con Kennedy tuvimos oportunidad de discutir prolijamente la orientación de su Alianza para el Progreso, en los términos que ya le referí. Nuestra tesis sostenía que la cooperación debía apuntar a la integración de las estructuras productivas en escala nacional. Es decir, promover el desarrollo en lugar de paliar los efectos perniciosos del subdesarrollo, tal como era concebida por la parte mejor intencionada de la burocracia estadounidense. Ellos querían hacer, como hicieron en realidad, beneficencia en escala continental. Es así como la Alianza para el Progreso ayudó a crear escuelas, instalaciones sanitarias y sociales. Pero las estructuras del subdesarrollo permanecieron intactas. Ese es el motivo por el cual su efecto benéfico se diluyó en el tiempo y las condiciones generales de vida no mejoraron. Nosotros estábamos en condiciones de señalarle esto a Kennedy porque habíamos estudiado muy seriamente qué es el subdesarrollo. Y sabíamos que donde se instala una escuela o un dispensario no se instala luego, necesariamente, una fábrica; en cambio sí ocurre lo contrario. Donde existen condiciones de acumulación en escala nacional, están dadas en perspectiva todas las soluciones para la emancipación social y cultural del pueblo. No por realizarse en escala gigantesca, la Alianza para el Progreso cambiaba este dato fundamental. Nosotros le insistimos a Kennedy en que utilizara todos esos inmensos recursos para promover la expansión acelerada de las fuerzas productivas, pero también en ello deben haber influido los intereses que —mirando sólo lo que tienen delante de la nariz— no comprenden que lo que beneficia a la humanidad en su conjunto es el desarrollo, no la perpetuación de la dependencia y la miseria.

—*Doctor, en diciembre de ese año (1961), viaja usted a Oriente. Al regresar, el presidente Kennedy le pide que se entreviste con él en Palm Beach. De acuerdo con lo que cuenta el historiador Miguel Angel Scenna, es una entrevista a solas, con el diplomático Carlos Ortiz de Rozas actuando como intérprete porque el presidente Kennedy despide al traductor que le había puesto el Departamento de Estado. ¿De qué se habló entonces? ¿Por qué Kennedy termina pidiéndole a usted que le haga llegar sus sugerencias respecto al caso Cuba a través de una persona de absoluta confianza y no a través del Departamento de Estado?*

Arturo Frondizi. — Como le dije, Kennedy era también objeto de la acción psicológica y víctima de las intrigas que tejían los sectores más reaccionarios de los Estados Unidos. Los episodios que usted señala son una muestra de que él también parecía recurrir a procedimientos que le permitieran llevar adelante sus grandes ideas para Norteamérica y el mundo. El no se amilanaba por ello y sorteaba los obstáculos con energía y audacia. Tuvieron que matarlo para detenerlo.

—*¿Recuerda cuál era el panorama político que encontró usted en la Argentina de regreso de su gira por Oriente y de su segunda, y última, entrevista con John Kennedy?*

Arturo Frondizi. — Se había acentuado el clima golpista. La agitación había ganado muchas almas. El Frente Nacional, que es la base de la victoria popular sobre los intereses del atraso y la dependencia, parecía más lejos que nunca. A la dispersión de las fuerzas nacionales se agregaba la determinación de los factores de poder, adversos al gobierno, de impedir que siguiera adelante nuestra ges-

ción, habida cuenta de que ya nada torcería la orientación básica que habíamos impreso a nuestra acción.

—Finalmente, y pese a la abstención del gobierno en enero de 1962 de votar, en Punta del Este, la expulsión de Cuba del bloque americano, el gobierno de la UCRI se ve obligado a romper relaciones con Fidel Castro. ¿Fue una nueva exigencia militar? ¿Qué es lo que obligó al presidente, que a lo largo de cuatro años había luchado y mantenido la independencia de la política exterior argentina, a “obedecer” la orden de ruptura de relaciones con Cuba? ¿Hacia dónde pensaba usted que se dirigía en ese momento el gobierno de la UCRI?

Rogelio Frigerio. — Fue un paso con el que también intentamos desarmar la conjura del derrocamiento. Quiero señalarle que mantener las relaciones con Cuba no era lo esencial. La verdadera cuestión había consistido en tratar de evitar que no fuera expulsada del campo latinoamericano. Y en ello nosotros no hicimos la más mínima concesión, tal como resultó en la votación y el debate de Punta del Este. No era una cuestión bilateral entre Cuba y la Argentina la principal cuestión en lo que hace al mantenimiento de la orientación en la política internacional. Seguíamos firmes en los principios, y al mismo tiempo tuvimos que dar pasos como ése, destinado a quitar de en medio uno de los elementos más utilizados en la campaña contra nosotros. Pienso que el gobierno, en ese momento, entraba en una fase crítica, de acuerdo a como se había orquestado ya la relación de fuerzas. Hicimos, no obstante, todo lo posible para preservar la legalidad, como forma de contribuir a una solución que, en última instancia, no pudo lograrse. Lo esencial para la Argentina era la defen-

sa del principio de no intervención y de la legalidad del sistema interamericano. Nuestro país debió rechazar la intervención colectiva contra Cuba y además luchar contra la irrupción de la “guerra fría” en el continente. Por eso hicimos lo que era necesario, a despecho de la reacción interna. Nada más ilustrativo que comparar la actitud de la Argentina en la VIII Reunión de Consulta de Punta del Este y la que asumió en las Reuniones de Consulta Novena y Décima, durante el gobierno de Arturo Illia. En esas ocasiones, la Argentina votó a favor de las sanciones diplomáticas y económicas contra Cuba y de la creación de la Fuerza Interamericana de Paz, que intentó legalizar la intervención norteamericana en Santo Domingo.

El rompimiento de relaciones con Cuba fue un acto de política interna, destinado a ensanchar el espacio político en un momento de extrema debilidad y en víspera electoral. El juicio que nosotros mismos hicimos de esa decisión está en el llamado “Discurso de Paraná”, que fue apreciado entonces como una especie de testamento político. Ese discurso fue anterior al rompimiento de relaciones y de ninguna manera un testamento, sino un paso político.

—Doctor Frondizi, me había quedado olvidada una pregunta respecto al Pacto de Uruguayana: ¿es cierto que el almirante Gastón Clement, máxima autoridad naval de entonces, le envía a usted una especie de ultimátum exigiendo, un día antes, que suspendiera la entrevista con el presidente Janio Quadros?

Arturo Frondizi. — En realidad, el almirante Clement envió una nota una semana antes de la fecha del proyectado encuentro, en la que manifestaba que si ese encuentro

se concretaba no se hacía responsable de la estabilidad del gobierno. Fue un episodio realmente fantástico e insólito. La nota fue contestada muy enérgicamente por el canciller Diógenes Taboada. La única explicación que hemos podido encontrar a esa actitud del secretario de Marina se vincula al hecho de que durante el encuentro de Uruguayana se produjo el desembarco en Bahía de los Cochinos. Nosotros sabíamos que se planeaba hacer algo contra Cuba y por eso habíamos ofrecido una semana antes nuestros buenos oficios, pero desde luego ignorábamos la fecha de la acción proyectada. Tal vez se temió que los presidentes de la Argentina y el Brasil tomaran una actitud conjunta y se quiso prevenirla. El episodio da una idea del grado de injerencia militar en la política de entonces, un año antes del derrocamiento del gobierno constitucional.

CAPITULO IV

ELECCIONES DE 1962: "NO
PROSCRIBIR AL PERONISMO"

—Doctor, llegamos entonces a los últimos tres de los cuarenta meses que duró su gobierno. El dramático año 1962. El año en que iba a cortarse, una vez más, el desarrollo constitucional de la Argentina; el año en el que el país, tras su derrocamiento, se vio envuelto en una virtual guerra civil. El 29 de enero de aquel año, su entonces ministro del Interior, doctor Alfredo Vítolo, firma un acta secreta con los tres secretarios de las Fuerzas Armadas. Del texto de ese documento se deduce que su gobierno admite que el peronismo no debe volver. "El gobierno —decía aquella acta secreta—, tal como lo expresara el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación y el Ministro que habla, está firmemente dispuesto a impedir cualquier forma de retorno al sistema derrocado el 16 de setiembre de 1955." Usted, lógicamente, no desconocía el texto de esa acta. Sin embargo, dos meses más tarde, a la hora de las elecciones, no proscribió al peronismo. ¿Por qué?

Arturo Frondizi. — No teníamos ninguna intención de proscribir al peronismo. Permitir su legalidad era indispensable para mantener abierto el camino para la reconstrucción del Frente Nacional, por remota que en ese momento pareciese la posibilidad de lograrlo. Apostábamos a una maduración de la dirigencia peronista para que ad-

virtiese dónde estaba su verdadero enemigo, que no era el gobierno. En esos meses, los elementos más lúcidos del movimiento justicialista comenzaron a darse cuenta de que ellos también habían quedado encerrados en la trampa antipopular que hostigaba al gobierno y a la cual le había prestado su concurso. No pocos de ellos sabían que si el peronismo insistía en presentarse solo y enfrentando al gobierno, ponía a éste en condición de ser derrocado. De esa época es la famosa frase: "Si ganamos las elecciones también las perdemos. . .", frase que muestra el callejón sin salida en el que se habían embarcado, dada la relación de fuerzas que se generaba con la ruptura del Frente, que era adversa al campo popular. Y fíjese que ello ocurría en un marco en el cual la UCRI, individualmente considerada como partido, recibía crecientes adhesiones, lo que generó en su seno una tendencia al aislamiento que también dificultaba la construcción del Frente. La guerra psicológica era tal, que el peronismo, al romper con el gobierno, se pasaba objetivamente al campo del enemigo. Al mismo tiempo, si el gobierno lo proscribía, el pretexto hubiese sido que quebrábamos la legalidad. Y también con esta excusa la conspiración hubiera seguido adelante. Los argentinos deben repasar esa etapa de nuestra historia —los dirigentes y sobre todo los jóvenes deben estudiarla objetivamente— porque allí están condensados, como en un laboratorio, los elementos que muestran cómo los enemigos del desarrollo y de la Nación se imponen cuando se disgregan las fuerzas populares.

—Yo debo preguntarles también, cómo condice ese respeto por el peronismo, esa no proscripción, con la aplicación del Plan Conintes, que encarceló a tantos trabajadores. . .

Arturo Frondizi. — Hemos dicho que el Plan Conintes fue la forma de encuadrar la represión en el marco de la legalidad. Este tema también debería ser objeto de reflexión después de los acontecimientos ocurridos en los últimos años en la Argentina. Desde ese punto de vista, que me parece es el más objetivo, el plan Conintes permitió que no se perdiese ninguna vida, pese a que las condiciones estaban dadas para que hubiese un baño de sangre: tal era el grado de enfrentamiento que debimos asumir. En la cúpula militar, como usted sabe, había quienes querían reprimir salvajemente y se proponían realizar fusilamientos, con lo cual las heridas en el cuerpo social se iban a agravar y profundizar. Esa propuesta servía a quienes querían eliminar todo vestigio de respuesta organizativa en el pueblo e instaurar el reino del terror. No era un objetivo de nuestro gobierno, que se impuso la paz social como una meta indelegable, y en consecuencia me negué con toda energía a que ello pudiera aplicarse. Era evidente que ante el terrorismo que había comenzado a practicarse, había que actuar para preservar el orden. Pero una cosa era actuar de acuerdo con la ley, y otra muy distinta reprimir indiscriminadamente como querían hacer los sectores que enfrentaban al gobierno. Pienso que así se salvaron muchas vidas y se preservó la legalidad.

—La previa derrota del peronismo en las elecciones piloto de la provincia de Santa Fe, ¿hizo pensar al gobierno de la UCRI que podían triunfar también en las provincias donde se iban a celebrar elecciones el 18 de marzo de 1962?

Rogelio Frigerio. — Nosotros no fuimos al comicio del 18 de marzo haciendo un cálculo subalterno. Lamentába-

mos la ruptura del Frente del 23 de febrero y nos aferrá-
bamos a lo que considerábamos que era lo esencial: per-
mitir la expresión de la voluntad popular. Los que hacían
cálculos eran nuestros adversarios, que especulaban con to-
do: si ganaba el peronismo, entonces exacerbarían los sen-
timientos gorilas y estimularían el golpe.

—*Doctor Frondizi, ¿estaba el ministro Vítolo convenci-
do de que la UCRI ganaba esas elecciones? Félix Luna
cita al ex presidente Guido diciendo: "Frondizi me dice:
'Y... Guido, yo tuve la opinión, el consejo, la información
de tres amigos que me aseguraban acerca de la elección. Es-
taban convencidos que íbamos a ganar. Alende me dijo
que yo no podía hacerle el agravio de proscribirle al peron-
ismo en la provincia de Buenos Aires. Vítolo estaba con-
vencido de que se ganaba'. . . No me dijo nada más, no me
nombró al tercero". Hasta aquí la palabra de Guido, años
después de su gestión presidencial, de acuerdo con Luna. . .*

Arturo Frondizi. — No creo haber tenido esa conver-
sación que usted cita. Su inspiración no encaja con nuestra
manera de ver los hechos: ni como los veíamos entonces
ni como los vemos hoy.

UN CALLEJON SIN SALIDA. EL VERDADERO RESULTADO DE LAS ELECCIONES

—*¿Usted creía en esos momentos que su gobierno estaba
en un callejón sin salida? ¿O todavía pensaba que podía
existir alguna?*

Arturo Frondizi. — La situación era, efectivamente, muy

crítica. No obstante, todavía creíamos que había campo
de maniobra. En las Fuerzas Armadas no sólo había avan-
zado el golpismo, también se había abierto camino una
conciencia nueva de los problemas argentinos, tanto de
las cuestiones sociales como de la necesidad de modificar
las estructuras del subdesarrollo. Había que seguir adelan-
te hasta las últimas consecuencias, mientras esos márgenes
existieran.

—*¿Qué pensaban los hombres del gobierno o quienes
estaban cercanos a él sobre el resultado de las elecciones
del 18 de marzo? ¿Pensaban que la UCRI ganaría? ¿Se
pensaba que podía ganar el peronismo? ¿Había una es-
trategia preparada para el caso de que triunfara el peron-
ismo? Esto último lo pregunto, habida cuenta de la ad-
vertencia a Frondizi por parte del almirante Clement,
que le dice: "Mire, señor, usted resuelva lo que quiera,
pero lo que yo le puedo decir es que si gana el peronismo,
acá va a ocurrir una catástrofe. . ."*

Rogelio Frigerio. — La cuestión de las elecciones del 18
de marzo de 1962 no era para nosotros —insisto— de cálculo
electoral. La decisión de realizarlas con legalidad pa-
ra el peronismo era insoslayable en nuestra política, que
buscaba y necesitaba construir el Frente Nacional: ganara
quien ganase, era un paso que debíamos dar. No era una
opción aceptable, en la hipótesis de que ganara el peronis-
mo, disponer su proscripción. Hubiese sido romper los
puentes con el frentismo y entregarnos al enemigo.

Al golpismo en el fondo también le era indiferente el
resultado electoral. El golpe se iba a dar para quebrar una
política y no por la cuestión del peronismo que, de todos
modos, en esa elección parcial, era manejable institucional-

mente para el gobierno. Todo quedaba circunscrito a los pretextos: si ganaba el peronismo, como ocurrió, se pretextaría el riesgo de volver a la “dictadura”; si se lo proscibía se pretextaría que el gobierno vulneraba la legalidad. Algo parecido a lo de acusarnos a un tiempo de proyanquis y prorrusos.

Nosotros teníamos en claro el objetivo de marchar en la dirección del Frente. Y no debíamos proscibir, pese a los riesgos y a las amenazas. Es claro que un triunfo del gobierno o un repliegue táctico del peronismo hubiesen facilitado las cosas, pero ello no modificaba la decisión fundamental de levantar las proscripciones.

La propia intervención a las provincias donde ganó el peronismo intentaba ganar tiempo frente al golpismo, para luego hacer respetar el resultado de las urnas. Por eso fue que no se anularon las elecciones.

Puede decirse que allí hubo un error de cálculo y que era mejor no intervenir y ceder el gobierno nacional en ese momento. Pero eso suele decirse con la “sabiduría” de quienes opinan después que las cosas han sucedido. No obstante, a nuestro entender, la evaluación fue correcta. En el clima de intolerancia e incomprensión que existía entonces, ceder el gobierno era entregar la política de desarrollo, era entrar en la etapa incierta que luego se abrió. El gobierno para nosotros era un puesto de lucha y no de honores: no estábamos dispuestos a entregarlo para salvar la imagen. La política es algo más que una cuestión de imagen.

Por lo demás, hay dos cuestiones que prueban que ese intento era serio y que tenía aceptables posibilidades. La primera de ellas es la excelente elección que realizó el gobierno y el margen de maniobra que ello le daba en el plano institucional. El peronismo ganó por una gran mayo-

ría en Buenos Aires. Pero nosotros ganamos en la Capital Federal y en la mayoría de las provincias, incluidas las principales, salvo Córdoba, ganada por los radicales, y Mendoza, ganada por los demócratas. En el conjunto del país, éramos una fuerza mayoritaria y la pérdida de algunas bancas y gobernaciones no era significativa para un gobierno que ya comenzaba a recoger los frutos del éxito de su política y tenía todavía dos años por delante. La segunda cuestión es que los grupos militares golpistas más recalcitrantes comenzaban a tener dificultades: el proyecto gorila empezaba a ser inaceptable para muchos cuadros de las Fuerzas Armadas. La prueba de ello es el enfrentamiento entre “azules” y “colorados” que tuvo lugar unos meses después de la caída del gobierno de Frondizi. Ese proceso estaba en gestación en marzo de 1962, aun cuando no maduró a tiempo, y pudo haber modificado la relación de fuerzas en perjuicio de los grupos golpistas. Pero, le insisto, éste es un razonamiento puramente especulativo sobre lo que pudo haber ocurrido; la decisión de levantar las proscripciones no dependía de nada de eso: era insoslayable para seguir adelante en la política de desarrollo sin pasarnos al campo del antifrente.

“NO RENUNCIARE, NO ME SUICIDARE,
NO ME IRE DEL PAIS. . .”

—En medio de semejante tormenta, doctor Frondizi, usted viaja a Paraná y el 3 de febrero de 1962 habla al país en lo que es un discurso tan tormentoso como el clima que vivía su gobierno. Allí compromete su honor y su vida en no presidir un gobierno títere. Es también una dura respuesta a quienes le exigían el rompimiento de re-

laciones con Cuba que, finalmente, iba a producirse días más tarde. “Yo asumo —dice usted en ese discurso— la responsabilidad de denunciar ante el pueblo a los políticos que se presentan como apóstoles de la democracia en el ámbito mundial pero que están empeñados en acabar con la democracia en su propia patria.” Y luego: “Si debo enfrentarme a una situación en que peligre la dignidad de la República, moriré en defensa de esa dignidad”. ¿Qué es lo que lo lleva a pronunciar tan duro discurso? ¿Se había terminado acaso su paciencia política?

Arturo Frondizi. — Ese discurso era una prolija denuncia del golpismo, todo lo explícita que podía ser. Se trataba de un texto muy elaborado, en el cual trabajamos previamente con mucha atención. De ningún modo era una expresión de que habíamos perdido la paciencia. Al contrario, queríamos con él aumentar la conciencia existente sobre la gravedad de la situación, sin exacerbar la histeria golpista, que ya había avanzado mucho.

—No es la única vez, en aquellos días, que usted decide comprometer su vida. Yo era un chico cuando su derrocamiento, pero recuerdo que en mi barrio, un barrio que había sido mudo testigo y activo participante —y en contra de su gobierno— durante la huelga del frigorífico “Lisandro de la Torre” se contaba un episodio. Decían que el general Poggi había colocado su sable sobre el escritorio del presidente y le había dicho: “O renuncia, o se mata, o se va”. Y que Frondizi le había contestado: “Ni renuncio, ni me mato, ni me voy”. Para un barrio que siempre hizo del coraje un culto, aquélla era una respuesta emocionante. Debe ser porque Mataderos queda lejos de la Casa de Gobierno, lo cierto es que los casi adolescentes de en-

tonces tardamos años en saber que aquella frase suya, doctor, era parte de lo que se conoce como su testamento político. Y tardamos más años aun en saber que la había incluido usted en ese documento porque era muy posible que en aquellos días dramáticos se estuviera preparando su eliminación física y usted, como es lógico, no quería aparecer “suicidado”. ¿De verdad, doctor, temió en algún momento su eliminación? ¿Se puede haber llegado a planear un magnicidio como recurso para terminar con un gobierno al que las Fuerzas Armadas habían ya catalogado como “imposible de controlar”?

Arturo Frondizi. — Varias veces se habló de que se preparaban atentados para eliminarme físicamente, a contar desde el complot que estalló con motivo de mi viaje al Paraguay a comienzos de mi gestión gubernamental. Evidentemente, darme muerte entraba en los planes de los conspiradores, pero para ello no encontraron la forma de salir impunes y de torcer la línea en que se había embarcado el gobierno. Cuando pronuncié la frase que usted cita y que ha sido considerada como una clave de interpretación de esa dramática circunstancia en que vivíamos, lo que me proponía hacer era dejar sin argumento alguno a nuestros enemigos y ponerlos en la obligación de quebrar la legalidad para cumplir con sus fines. Evidentemente eso los detenía; al menos lo logramos a lo largo de cuatro años, durante los que pudimos hacer lo que hicimos.

—Bien, se producen las elecciones con los resultados ya conocidos. Dos días más tarde, el 20 de marzo, las Fuerzas Armadas firman un acta secreta en la que cada arma especifica su posición frente a la realidad: la Armada exigía

su renuncia y, de no obtenerla, su desalojo del poder; el Ejército y la Fuerza Aérea preferían mantenerlo pero con un gabinete de coalición y un plan de gobierno trazado por las Fuerzas Armadas. En suma, un gobierno títere, que usted había jurado no presidir. ¿Llega a su conocimiento el texto de esa acta? ¿Conoce usted plenamente la posición de las Fuerzas Armadas entre el 20 y el 29 de marzo?

Arturo Frondizi. — Sí. Yo contaba con información prolija sobre lo que sucedía, lo cual me había permitido actuar como lo hice a lo largo de esos cuatro años. Pero sólo con información no se va a ninguna parte. Lo que necesitábamos eran respuestas positivas en las dirigencias y en el cuerpo social. En este último caso la obtuvimos a través de las elecciones del 18 de marzo, como explicamos. El gobierno tenía apoyo popular y ese dato resultaba insostenible para nuestros enemigos después de todo lo que habían hecho para quitárnoslo.

—¿Qué papel empieza a desempeñar y desempeña finalmente el general Aramburu? ¿Cuál es su gestión inicial como mediador? ¿Cómo es que, ya en los días finales de su gobierno, Aramburu termina pidiendo la renuncia del presidente de la Nación?

Arturo Frondizi. — El general Aramburu no pudo cumplir con el objetivo que se había propuesto y, por lo tanto, terminó su gestión mediadora del modo que usted señala. Oponerse a la confabulación contra el gobierno requería comprender lo que éste estaba realizando.

PARA QUE SIRVIO EL
GOBIERNO DESARROLLISTA

—Si tuviese que hacer un balance de lealtades y defeciones, ¿por quiénes o por quién se sintió más apoyado? ¿Por quién o por quiénes se sintió abandonado o traicionado?

Arturo Frondizi. — No creo que esta pregunta se deba contestar haciendo nombres. Es evidente que en la UCRI nos acompañaron aun quienes muchas veces no comprendían el sentido último de lo que estábamos realizando desde el gobierno. Y lo hicieron con gran lealtad, confiando en nuestro patriotismo y nuestra claridad programática. No todos nuestros antiguos correligionarios dieron ese paso, que exigía un gran esfuerzo de análisis. En ese sentido, las viejas fórmulas de la política conspiraban contra todo lo que hacíamos. Estoy convencido, sin embargo, de que en esos cuatro años se opera definitivamente un corte entre las formas tradicionales de la política y la concepción moderna de la Nación y de sus necesidades. Desde entonces, lo que hemos visto han sido los estertores de un régimen que se niega a salir de la escena, pero que ya está definitivamente perimido. Sin embargo, la restauración del antiguo régimen ya no será más posible y los intereses vinculados al subdesarrollo deben recurrir permanentemente a la violencia para llevar adelante sus proyectos de explotación de nuestro esfuerzo de argentinos. De lo que se trata ahora es de completar la tarea inconclusa: construir el Frente y con él, realizar plenamente la Nación, tanto en lo espiritual como en lo material.

—Doctor, en el curso de mi investigación tropecé con un

ejemplar del diario La Prensa del domingo 25 de marzo de 1962. En la primera plana hay dos titulares. Uno dice: "El príncipē Felipe ofreció anoche una comida en honor del doctor Frondizi". El otro dice: "El secretario de Marina visitó hoy al presidente. A las 2.20. . ." Recuerdo que cuando lo leí me llamó la atención esa impresionante y forzada realidad que lo obligaba a usted a alternar entre la formalidad de una recepción y la inminencia de una catástrofe. ¿Cómo podía conciliar protocolo y crisis, doctor?

Arturo Frondizi. – Lo podíamos hacer porque teníamos claro hacia adónde íbamos. Eso es lo que nos dio fuerza moral para soportar todo lo que se puso en nuestro camino. Por su pregunta advierto que ha logrado usted percibir las grandes dificultades que enfrentamos y lo felicito, porque se trata de una investigación muy prolija. Comprenderá usted que me interesa responder desde una perspectiva que ayude a construir una alternativa nacional y popular, puesto que no soy un historiador o un protagonista jubilado, sino el presidente de un partido que trabaja por el país. Aun cuando no aspire a ningún cargo para mí, sí aspiro a contribuir a salir del tirabuzón del deterioro en que nos encontramos.

–Por último, doctor, una vez derrocado y ya trasladado a Martín García, ¿sugirió usted mismo un decreto para que fuese puesto a disposición del Poder Ejecutivo? ¿Envió el 30 de marzo por la tarde, también desde Martín García, sugerencias a sus correligionarios sobre los pasos a seguir por el presidente Guido, por los hombres del partido que lo apoyaron y sobre la necesidad de evitar una guerra civil?

Arturo Frondizi. – Traté de evitar por todos los medios la guerra civil. Y, gracias a Dios, ella pudo ser soslayada cuando todo hacía pensar que ése sería el desemboque de tantos desatinos y tantos odios desatados.

–Frigerio, usted quería decir algo más.

Rogelio Frigerio. – Creo que a lo largo de este cuestionario hay suficientes respuestas que hablan de los logros concretos del gobierno desarrollista y de la forma innovadora e imaginativa en que planteó cuestiones que hoy siguen señalando un camino para salir de la crisis. Es obvio para nosotros que se podía no estar de acuerdo, disentir, pelear, atacar o defender: pero jamás derrocar a ese gobierno. No obstante, aun cuando sería como simplificar la respuesta, nos parece que de lo que hemos dicho, del examen prolijo que se hizo de la experiencia desarrollista, surge el carácter global y complejo de la crisis nacional.

Esa crisis no es susceptible de analizarse en forma maniquea, con una visión que separe a civiles buenos y militares malos. La experiencia desarrollista, en ese sentido, ayuda a comprender la realidad actual. No saldremos de la crisis de descomposición nacional en la que nos encontramos dividiendo al país entre civiles y militares, sino estableciendo quiénes –civiles o militares– actúan a favor de una política que profundiza la crisis y quiénes tienden a superarla. Esa división artificial aleja a los militares del campo popular y se los "regala" al enemigo.

El gobierno desarrollista, entre otras cosas, sirvió para demostrar que no habrá solución para los problemas si no se consolida el Frente Nacional. Sirvió para demostrar que los intereses extranacionales prevalecerán mientras no haya un frente que exprese a obreros, empresarios, profe-

sionales, estudiantes, sacerdotes y militares. Y sirvió también para demostrar, a su vez, que la política de desarrollo, así como necesita de esa alianza, la hace posible; puesto que todos y cada uno de esos sectores se frustran en un país en decadencia y pueden realizarse como tales en una Argentina que se desarrolle y se afiance como Nación.

Con esa política, los obreros pueden elevar el salario y el empleo; los empresarios disponer de un mercado solvente y de posibilidades de expansión; los profesionales pueden realizarse material y espiritualmente; los estudiantes pueden estudiar y prepararse sin represión y sin la perspectiva de no poder realizarse como personas una vez egresados; los sacerdotes pueden atender la religiosidad sin el acoso de la miseria y los militares liberarse del destino de ser policías que mantienen el orden que quieren las multinacionales para imponer su política y ser, en cambio, el "brazo armado de la Nación". Ese es otro saldo de la experiencia, una fuente de elementos para comprender cuál es el camino de la construcción del Frente Nacional, que es indispensable para superar la crisis y estabilizar definitivamente el sistema democrático. La democracia no será alcanzada por un apego voluntarista a las instituciones formales, sino por la concreción de una política de fondo que suprima la crisis global que, entre otros aspectos, se manifiesta mediante la periódica interrupción del orden constitucional.

ESTE PAIS: LA ARGENTINA DEL FUTURO.
UN DESEO, UN PRONOSTICO,
UNA ASPIRACION PERSONAL

—Hemos paseado a lo largo de una historia de hace veinticinco años, en un país de hace veinticinco años, que se

me antoja ligado, y mucho, al país de hoy. Claro que ya nada es igual. Uno de los hombres más resistidos de aquel gobierno del doctor Frondizi, es hoy el candidato a presidente de la Nación por un partido político que no fue derrocado en marzo de 1962. El país, acaso como nunca en su historia, parece estar al borde de la desintegración, prácticamente en cesación de pagos, con una impresionante deuda externa, con sus industrias paralizadas, con millones de desocupados y con cientos de miles de argentinos desperdigados en el exterior; con chicos desnutridos, con el entendimiento nublado por el hambre y la miseria, con millones de hectáreas bajo el agua de una feroz inundación y bajo la no menos feroz inundación de parálisis que parece afectarnos ante ese drama; con unas Fuerzas Armadas que, aunque no sea justo englobarlas, aparecen ante la opinión pública desprestigiadas después de una aventura militar fallida, una paz endeble con Chile y las profundas y, aparentemente, incurables heridas que dejara la lucha contra la subversión, un desprestigio al que contribuyen también más de siete años de gobierno autoritario y de corrupción administrativa. Sí, el país no es aquel de 1962. Y, otra vez, los argentinos encaran la posibilidad de empezar una etapa constitucional que: ¿nacerá condicionada, durará...? Me gustaría que, para cerrar esta serie de preguntas sobre el pasado del país, ustedes aventuraran un deseo para el futuro argentino, un pronóstico para ese futuro (cosa de pisar la tierra si es que con el deseo se ha volado alto) y una aspiración personal para los próximos años de vida constitucional argentina.

Arturo Frondizi. — Seguramente usted habrá advertido durante estas charlas que mis aspiraciones personales como político están plenamente colmadas. No ocurre lo mismo

con mis deseos para el país, que están muy lejos de haber quedado satisfechos; pero mi pronóstico es optimista porque conozco la capacidad del pueblo argentino y me consta cómo la comprensión de los problemas cala cada vez más hondo en la comunidad. No puedo decir lo mismo, sin embargo, de las dirigencias políticas, que en gran medida se muestran ciegas e insensibles frente a las gravísimas dificultades que padece el país y son por lo tanto incapaces de ofrecerles solución. Confío en que ante la presión y los requerimientos sociales revisarán sus actitudes para que los argentinos podamos unirnos en el camino de la superación de nuestro menoscabo. Este deterioro se manifiesta en todos los órdenes; en la situación económica y social, en el plano de las instituciones, en el desenvolvimiento de la cultura, en las relaciones internacionales y aun en la moral pública. Por mi parte no he abandonado la lucha en ese sentido. Me enorgullezco de presidir el Movimiento de Integración y Desarrollo, el más pujante de los partidos políticos argentinos, con muchos aguerridos y talentosos militantes, insertos en todo el perfil social, que nutren la organización del desarrollismo a lo largo y a lo ancho del país. Y me enorgullezco también de presidir la fuerza política que lleva a la cabeza de sus listas para estas elecciones a Rogelio Frigerio y Antonio Salonia, quien además de ser un eximio educador, es un joven y fogoso político que sintetiza el estudio de los problemas y el fervor en la militancia que caracterizan a los hombres y mujeres del MID. Rogelio Frigerio es sin duda el más descollante de los candidatos que se presentan hoy a la elección de los argentinos. Frigerio tiene una profundidad y un talento inigualados como estadista. Fue sobre la base de sus elaboraciones teóricas que planteamos la cuestión decisiva del subdesarrollo nacional, junto con la estrategia para

superarlo. Por encima de la densidad de su versación económica está su acabada comprensión del mundo y de la sociedad, iluminada por férreas convicciones nacionales. Es un estudioso y un político creador e imaginativo, de lo que dio prueba durante nuestro gobierno con su trabajo en la concepción global de la política de desarrollo, así como en la elaboración y ejecución de cuestiones tan espinosas como la estrategia petrolera, el planteo de la enseñanza libre y la formulación de nuestra política exterior, que se fundó sobre los pilares básicos de la coexistencia pacífica y la viabilidad consiguiente para un pleno desarrollo de las naciones, tendencias que no eran entonces evidentes sino que estaban conformándose de acuerdo con las previsiones que Frigerio había desenvuelto en la revista *Qué* desde muchos años antes. Todas estas razones, que se unen a una solidaridad personal que se hizo más firme cuanto más difícil fue el momento, me permiten estar tan complacido por el candidato a presidente que lleva nuestro Movimiento de Integración y Desarrollo.

—¿Y cuáles son sus aspiraciones, Frigerio?

Rogelio Frigerio. — Los elogios del doctor Frondizi me conmueven profundamente. Porque son desbordantes y capaces de hacer sonrojar al menos humilde. Tanto más cuanto vienen de un amigo invariable con quien hemos trabajado codo a codo durante los pasados treinta años, muchas veces con puntos de vista diferentes y aun con debates rigurosos, pero siempre hemos llegado a plenas coincidencias, alumbrado como ha estado nuestro análisis por la común pasión nacional. Y su encomio de nuestra tarea política resulta en extremo halagüeño por provenir de quien

es, reconocidamente, el estadista de mayor estatura en América latina.

Mi postulación como candidato a presidente por el Movimiento de Integración y Desarrollo no expresa un anhelo personal sino que resume la determinación del partido de nominar a sus hombres para todos los cargos electivos, desde el más alejado concejal hasta la primera magistratura. Y no lo hacemos tampoco por sectarismo partidario. Muy por el contrario, es una actitud dirigida a fortalecer nuestro movimiento para hacer más indetenible la conformación del Frente Nacional que es indispensable forjar para resolver la crisis que sufrimos y para impulsar la efectiva ejecución del programa que nos liberará del subdesarrollo. Estamos, ahora sí, en el terreno de las aspiraciones que nos planteaba recién. Es, en efecto, nuestra aspiración y nuestro deseo más profundo contribuir a que la Argentina se ponga aceleradamente en marcha hacia el desarrollo y la integración nacional, que es la condición primordial para que cada uno de sus hijos pueda satisfacer sus anhelos. Este no es un objetivo parcial ni partidista, sino una meta nacional; por eso mismo demanda el respaldo de un arco de fuerzas compuesto por todos los factores sociales y articulado por sus partidos políticos representativos. Este Frente Nacional imprescindible, necesariamente expresivo de una alianza de las clases y sectores y también necesariamente programático, no se gestará con pura espontaneidad. Tiene que ser forjado a partir de un núcleo dinámico, que se lo proponga deliberadamente. Y el MID es el único partido argentino que esgrime orgánicamente esta propuesta política, por mejores disposiciones que ocasionalmente encontremos en otros nucleamientos políticos. De aquí que la consolidación del desarrollismo, su avance y su creciente inserción en la comunidad nacional

afiancen al mismo tiempo esa concepción frentista que el MID y sólo el MID plantea en toda su profundidad. Y de ahí también que nuestro visible crecimiento, que recibirá ahora una ratificación electoral, es la constancia más notoria de que la Argentina progresa hacia la solución definitiva de su ya prolongada crisis de subdesarrollo. Pero el MID no vibra sólo en la cuerda electoral. Por eso los votos por el desarrollismo no quedarán encerrados en los cómputos del 30 de octubre, sino que cada uno de ellos será un voto dinámico, un voto que proyectará su potencia hacia el futuro a través del fortalecimiento de nuestras proposiciones, que en sustancia comparte la mayoría del pueblo argentino. La polarización que auspicia el gobierno entre dos partidos cuyas dirigencias postulan esencialmente lo mismo opera en cambio en el sentido de perpetuar los problemas: radicales y peronistas reniegan de hecho, en sus actitudes concretas, de la profundidad de la crisis que nosotros denunciarnos y ambos coinciden en presumir que los problemas nacionales pueden resolverse con sólo buena voluntad y con acuerdos o concertaciones sociales. Los desarrollistas puntualizamos, por el contrario, que el deterioro argentino es gravísimo en todos los órdenes, que no puede aguardarse un instante más para revertir esta declinación y que no se solucionarán las dificultades del país apaciguando los requerimientos sociales, sino atendiéndolos cuanto antes. Y para ello hay una sola vía: la movilización de todos nuestros recursos, el pleno desenvolvimiento de las fuerzas productivas y sociales. Únicamente bajo esta premisa se podrá consolidar la democracia en la Argentina. Y llegamos ya al pronóstico, pues si algo singulariza al MID es la precisión de sus previsiones. No tengo duda alguna de que nuestro pueblo, acuciado como está por la profundización de la crisis nacional, sabrá

luchar por soluciones efectivas. Y hay en el escenario político argentino un solo programa coherente y eficaz para concretar esas soluciones: la propuesta del desarrollismo. Nuestra victoria teórica y doctrinaria, que es un hecho comprobable, recibirá rápidamente el respaldo masivo. Será el comienzo del fin del subdesarrollo en la Argentina. Será el punto de partida para la satisfacción de las aspiraciones de los distintos componentes de la comunidad. Y será la piedra de toque para la consolidación plena de la democracia y la soberanía nacional. Este es mi augurio.

Se terminó de imprimir en **Impreco Gráfica**
Viel 1448 - Buenos Aires,
en el mes de noviembre de 1983